

LOS ATRIBUTOS
DE DIOS

LOS ATRIBUTOS DE DIOS



ARTHUR W. PINK

El Estandarte de la Verdad

Primera impresión en Español 1964
Primera reimpresión en Español 1990
Segunda reimpresión en Español 1997

© Traducción **THE BANNER OF TRUTH**

Traducción del inglés por Manuel Martín

ISBN: 0-85151-540-1

Depósito legal: B. 32.589 - 1997

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

SUMARIO

PRÓLOGO	7
LA SOLEDAD DE DIOS	9
LOS DECRETOS DE DIOS	15
LA OMNISCENCIA DE DIOS	21
LA PRESCIENCIA DE DIOS	27
LA SUPREMACÍA DE DIOS	37
LA SOBERANÍA DE DIOS	43
LA INMUTABILIDAD DE DIOS	49
LA SANTIDAD DE DIOS	55
EL PODER DE DIOS	63
LA FIDELIDAD DE DIOS	73
LA BONDAD DE DIOS	81
LA PACIENCIA DE DIOS	87
LA GRACIA DE DIOS	95
LA MISERICORDIA DE DIOS	103
EL AMOR DE DIOS	111
LA IRA DE DIOS	119
MEDITANDO SOBRE DIOS	127

PROLOGO

“Amístate ahora con él, y tendrás paz; y por ello te vendrá bien” (Job. 22:21). “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová” (Jeremías 9:23, 24). El salvador conocimiento espiritual de Dios es la mayor de las necesidades de toda criatura humana.

El fundamento de todo conocimiento verdadero de Dios ha de ser la clara comprensión mental de sus perfecciones, tal como se revelan en la Sagrada Escritura. No se puede servir ni adorar a un Dios desconocido, ni depositar nuestra confianza en Él. En este breve libro me he esforzado en presentar algunas de las principales perfecciones del carácter Divino. Para que el lector se beneficie realmente de la lectura de las páginas que siguen, necesita pedir seria y determinada-mente a Dios que las bendiga para su provecho, que aplique su verdad a la conciencia y al corazón, para que, de este modo, su vida sea transformada.

Necesitamos algo más que un conocimiento teórico de Dios. El alma sólo conoce verdaderamente a Dios cuando se rinde a Él; cuando se somete a su autoridad, y cuando sus preceptos y mandamientos regulan todos los detalles de la vida. “Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová” (Oseas 6:3). “El que qui-

siere hacer su voluntad, conocerá" (Juan 7:17). "El pueblo que conoce a su Dios, se esforzará" (Daniel 11:32).

Las páginas que siguen aparecieron por primera vez en la revista mensual "Estudios de la Escritura", publicada por el autor, la cual está dedicada enteramente al comentario de la Palabra de Dios, y a la provisión de alimento espiritual para las almas hambrientas. Estos artículos han sido reeditados en su presente forma gracias a la generosidad de un amigo cristiano que ha sufragado el coste total de su publicación. El producto de la venta de este libro será usado, D. M., para la publicación de otros de naturaleza similar. Que la bendición de Dios sea sobre el mismo.

Arthur W. Pink

LA SOLEDAD DE DIOS

El título de este artículo quizá no sea suficientemente explícito para indicar su tema. Ello es debido, en parte, al hecho de que muy pocas personas, hoy en día, están acostumbradas a meditar sobre las perfecciones personales de Dios. Relativamente pocos de aquellos que leen la Biblia ocasionalmente, saben de la grandeza del carácter Divino, que inspira temor e incita a la adoración. Que Dios es grande en sabiduría, maravilloso en poder, y, sin embargo, lleno de misericordia, es tenido por muchos como algo casi del dominio público; pero tomar en consideración algo parecido a un conocimiento adecuado de su Ser, su Naturaleza, sus Atributos, tal como se revelan en la Santa Escritura, es cosa que poquísimas personas han alcanzado en estos degenerados tiempos. Dios es único en su excelencia. “¿Quién como Tú, Jehová, entre los dioses? ¿Quién como Tú, magnífico en santidad, terrible en loores, hacedor de maravillas?” (Éxodo 15:11).

“En el principio, Dios” (Génesis 1:1). Hubo un tiempo, si “tiempo” puede llamársele, cuando Dios, en la unidad de su naturaleza (aunque existiendo igualmente en tres Personas divinas), habitaba solo. “En el principio, Dios.” No había cielo, donde su gloria es manifestada particularmente ahora. No había tierra que ocupara su atención. No había ángeles que cantaran sus alabanzas, ni universo que se sostuviese por la palabra de su poder. No había nada ni nadie sino Dios;

y esto, no durante un día, un año, o una época, sino "desde el siglo". Durante una eternidad pasada, Dios estuvo solo: completo, suficiente, satisfecho en sí mismo, no necesitando nada. Si un universo, o ángeles, o seres humanos le hubiesen sido necesarios en alguna manera, hubiesen sido llamados a la existencia desde toda la eternidad. Nada añadieron esencialmente a Dios al ser creados. Él no cambia (Malaquías 3:6), por lo que su gloria substancial no puede ser aumentada ni disminuida.

Dios no estaba bajo coacción, obligación, ni necesidad alguna de crear. El hecho de que quisiera hacerlo fue puramente un acto soberano de su parte, no producido por nada fuera de sí mismo; no determinado por nada sino por su propia buena voluntad, ya que Él "hace todas las cosas según el consejo de su voluntad" (Efesios 1:11). Que Él creara fue simplemente para su gloria manifiesta. ¿Cree alguno de nuestros lectores que hemos ido más allá de lo que la Escritura nos autoriza? Entonces, nuestra apelación será a la Ley y al Testimonio: "Levantaos, bendecid a Jehová vuestro Dios desde el siglo hasta el siglo: y bendigan el nombre tuyo, glorioso y alto sobre toda bendición y alabanza" (Nehemías 9:5). Dios no sale ganando nada ni siquiera con nuestra adoración. Él no necesitaba esa gloria externa de su gracia que procede de sus redimidos, porque es suficientemente glorioso en sí mismo sin ella. ¿Qué fue lo que le movió a predestinar a sus elegidos para la alabanza de la gloria de su gracia? Fue, como nos dice Efesios 1:5, "el puro afecto de su voluntad."

Sabemos que el elevado terreno que estamos pisando es nuevo y extraño para casi todos nuestros lecto-

res; por esta razón, haremos bien en movernos despacio. Recurramos de nuevo a las Escrituras. Al final de Romanos 11, donde el apóstol concluye su larga argumentación sobre la salvación por la pura y soberana gracia, pregunta: "Porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a Él primero, para que le sea pagado?" (vs. 34, 35). La importancia de esto es que es imposible someter al Todopoderoso a obligación alguna hacia la criatura; Dios no sale ganando nada con nosotros. "Si fueres justo, ¿qué le darás a *Él*? ¿O qué recibirá de tu mano? Al hombre como tú dañará tu impiedad, y al hijo del hombre aprovechará tu justicia" (Job 35:7, 8), pero no puede, en verdad, afectar a Dios, quien es bendito en *sí mismo*. "Cuando hubiereis hecho todo lo que os es mandado, decid: Siervos inútiles somos" (Lucas 17:10), nuestra obediencia no ha aprovechado en absoluto a Dios.

Es más, nuestro Señor Jesucristo no añadió nada al ser y a la gloria esenciales de Dios, ni por lo que hizo, ni por lo que sufrió. Es verdad, bendita y gloriosa verdad, que *nos manifestó* la gloria de Dios, pero no añadió nada a Dios. Él mismo lo declara explícitamente y sin apelación posible al decir: "Mi bien a ti no aprovecha" (Salmo 16:2). Todo este salmo es de Cristo. La bondad o justicia de Cristo aprovechó a sus santos en la tierra (Salmo 16:3), pero Dios estaba por encima y más allá de todo ello, pues es "el Bendito" (Marcos 14:61).

Es absolutamente cierto que Dios es honrado y deshonrado por los hombres; no en su ser substancial, sino en su carácter oficial. Es igualmente cierto que Dios ha sido "glorificado" por la creación, la providencia

y la redención. Esto no lo negamos, ni nos atrevemos a hacerlo. Pero todo ello tiene que ver con su gloria manifestativa, y nuestro reconocimiento de ella. Con todo, si Dios así lo hubiera deseado, habría podido continuar solo por toda la eternidad, sin dar a conocer su gloria a criatura alguna. El que lo hiciera así o no, fue determinado solamente por su propia voluntad. Él era perfectamente bendito en sí mismo antes de que la primera criatura fuera llamada a la vida. Y, ¿qué son para Dios todas las obras de sus manos, incluso ahora? Dejemos otra vez que la Escritura conteste:

“He aquí que las naciones son reputadas como la gota de un acetre, y como el orín del peso; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo. Ni el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio. Como nada son todas las gentes delante de Él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es. ¿A qué pues haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?” (Isaías 40:15-18). Éste es el Dios de la Escritura; sí, todavía es “el Dios *no conocido*” (Hechos 17:23) para las multitudes descuidadas. “Él está asentado sobre el globo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; Él extiende los cielos como una cortina, tiéndelos como una tienda para morar; Él torna en nada los poderosos, y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana ” (Isaías 40:22, 23). ¡Cuán infinitamente distinto es el Dios de la Escritura del “dios” del púlpito corriente!

El testimonio del Nuevo Testamento no difiere en nada del que hallamos en el Antiguo: no podría ser de otro modo, teniendo ambos el mismo Autor. También ahí leemos: “La cual a su tiempo mostrará el Bienaventurado y solo Poderoso, Rey de reyes, y Señor de

señores; quien sólo tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver; al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén" (I Timoteo 6:15,16). El tal debe ser reverenciado, glorificado y adorado. Él está solo en su majestad, es único en su excelencia, incomparable en sus perfecciones. Él lo sostiene todo, pero, en sí mismo, es independiente de todo. Él da a todos, pero no es enriquecido por nadie.

Un Dios tal no puede ser conocido mediante la investigación; Él sólo puede ser conocido tal como el Espíritu Santo lo revela al corazón, por medio de la Palabra. Es verdad que la creación revela un Creador, y que los hombres son totalmente "inexcusables"; sin embargo, todavía tenemos que decir con Job: "He aquí, éstas son partes de sus caminos; ¡mas cuán poco hemos oído de Él! Porque el estruendo de sus fortalezas, ¿quién lo detendrá?" (26:14). Creemos que el llamado argumento según designio, usado por algunos "apolo-gistas" sinceros, ha producido mucho más daño que beneficio, ya que ha intentado bajar al gran Dios al nivel de la comprensión finita, y de este modo ha perdido de vista su excelencia única.

Se ha trazado una analogía con el salvaje que encuentra un reloj en la selva, quien, después de un examen detenido, deduce que existe un relojero. Hasta aquí está muy bien. Pero intentemos ir más lejos: supongamos que el salvaje trata de formarse una concepción de ese relojero, sus afectos personales y maneras; su disposición, conocimientos y carácter moral; todo lo que, en conjunto, forma una personalidad. ¿Podría nunca pensar o imaginar un hombre real —*el* hombre que hizo el reloj— y decir: "Yo le conozco?" Tal pre-

gunta parece fútil pero, ¿está el Dios eterno e infinito mucho más al alcance de la razón humana? Ciertamente, no. El Dios de la Escritura puede ser conocido solamente por aquellos a los cuales Él mismo *se da a conocer*.

Tampoco el intelecto puede conocer a Dios. "Dios es Espíritu" (Juan 4:24), y, por lo tanto, sólo puede ser conocido espiritualmente. El hombre caído no es espiritual, sino carnal. Está muerto a todo lo que es espiritual. A menos que nazca de nuevo, que sea llevado sobrenaturalmente de la muerte a la vida, milagrosamente trasladado de las tinieblas a la luz, no puede siquiera ver las cosas de Dios (Juan 3:3), y mucho menos entenderlas (I Corintios 2:14). El Espíritu Santo ha de resplandecer en nuestros corazones (no en el intelecto) para darnos "el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (II Corintios 4:6). E incluso el conocimiento espiritual es solamente fragmentario. El alma regenerada ha de *crecer* en la gracia y conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (II Pedro 3:18).

La oración y propósito principales de los cristianos han de ser el "andar como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y *creciendo* en el conocimiento de Dios" (Colosenses 1:10).

LOS DECRETOS DE DIOS

El decreto de Dios es su propósito o determinación respecto a las cosas futuras. Hemos usado el singular, como hace la Escritura (Romanos 8:28, Efesios 3:11), porque sólo hubo un acto de su mente infinita acerca del futuro. *Nosotros* hablamos como si hubieran habido muchos, porque nuestras mentes sólo pueden pensar en ciclos *sucesivos*, a medida que surgen los pensamientos y ocasiones; o en referencia a los distintos *objetos* de su decreto, los cuales, siendo muchos, nos parece que requieren un propósito diferente para cada uno. Pero el conocimiento Divino no procede gradualmente, o por etapas: "Conocidas son a Dios desde el siglo *todas* sus obras" (Hechos 15:18).

Las Escrituras mencionan los decretos de Dios en muchos pasajes, y usando varios términos. La palabra "decreto" se encuentra en el Salmo 2:7, etcétera. En Efesios 3:11 leemos acerca de su "determinación eterna". En Hechos 2:23 de su "determinado consejo y providencia". En Efesios 1:9 del misterio de su "voluntad". En Romanos 8:29 que Él también "predes-tinó". En Efesios 1:9 de su "beneplácito". Los decretos de Dios son llamados sus "consejos" para significar que son consumadamente sabios. Son llamados su "voluntad" para mostrar que Dios no está bajo ninguna sujeción, sino que actúa según su propio deseo. Cuando la regla de conducta de una persona es su propia voluntad, es generalmente caprichosa e irrazonable; pero

en el proceder Divino la *sabiduría* está siempre asociada con la voluntad, y por lo tanto, se dice que los decretos de Dios son "el consejo de su voluntad" (Efesios 1:11).

Los decretos de Dios están relacionados con todas las cosas futuras sin excepción: todo lo que es hecho a su tiempo, fue predeterminado antes del principio del tiempo. El propósito de Dios afectaba a todo, grande o pequeño, bueno o malo, aunque debemos apresurarnos a afirmar que, si bien Dios es el Ordenador y Controlador del pecado, *no* es su Autor de la misma manera que es el Autor del bien. El pecado no podía proceder de un Dios santo por creación directa o positiva, sino solamente por su permiso por decreto y su acción negativa. El decreto de Dios es tan amplio como su gobierno, y se extiende a todas las criaturas y eventos. Se relaciona con nuestra vida y nuestra muerte; con nuestro estado en el tiempo y en la eternidad. De la misma manera que juzgamos los planos de un arquitecto inspeccionando el edificio erigido bajo sus directrices, así también, por sus obras, aprendemos cuál es (era) el propósito de Aquel que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad.

Dios no decretó meramente hacer al hombre, ponerle sobre la tierra, y entonces dejarle bajo su propia guía incontrolada; sino que fijó todas las circunstancias de la muerte de los individuos, y todos los pormenores que la historia de la raza humana comprende, desde su principio hasta su fin. No decretó solamente que debían ser establecidas leyes para el gobierno del mundo, sino que dispuso la *aplicación* de las mismas en cada caso particular. Nuestros días están contados, así como también los cabellos de nuestra cabeza. Podemos en-

tender el alcance de los decretos Divinos si pensamos en las dispensaciones de la Providencia en las cuales aquellos son cumplidos. Los cuidados de la Providencia alcanzan a la más insignificante de las criaturas y al más nimio de los acontecimientos, tales como la muerte de un gorrión o la caída de un cabello.

Consideremos ahora algunas de las *peculiaridades* de los decretos Divinos. Son, en primer lugar, *eternos*. Suponer que alguno de ellos fue dictado dentro del tiempo, equivale a decir que se ha dado un caso imprevisto o alguna combinación de circunstancias que ha inducido al Altísimo a tomar una nueva resolución. Esto significaría que los conocimientos de la Deidad son limitados, y que con el tiempo va aumentando en sabiduría, lo cual sería una blasfemia horrible. Nadie que crea que el entendimiento Divino es infinito, abarcando el pasado, presente y futuro, asentirá nunca a la doctrina de los decretos temporales. Dios no ignora los acontecimientos futuros que serán ejecutados por voluntad humana; los ha predicho en innumerables ocasiones, y la profecía no es otra cosa que la *manifestación* de su presencia eterna. La Escritura afirma que los creyentes fueron escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4), más aun, que la gracia les fue "dada" ya entonces (II Timoteo 1:9).

En segundo lugar, los decretos de Dios son *sabios*. La sabiduría se muestra en la selección de los mejores fines posibles, y de los medios más apropiados para cumplirlos. Por lo que conocemos de los decretos de Dios, es evidente que les corresponde tal característica. Se nos descubre *en su cumplimiento*; todas las muestras de sabiduría en las obras de Dios son prueba de la sabiduría del plan por el que se llevan a cabo. Como

declara el salmista: "¡Cuán muchas son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría" (Salmo 104: 24). Sólo podemos observar una pequeñísima parte de ellas, pero, como en otros casos, conviene que procedamos a juzgar el todo por la muestra; lo desconocido por lo conocido. Aquel que, al examinar parte del funcionamiento de una máquina, percibe el admirable ingenio de su construcción, creará, naturalmente, que las demás partes son igualmente admirables. De la misma manera, cuando las dudas acerca de las obras de Dios asaltan nuestra mente, deberíamos rechazar las objeciones sugeridas por algo que no podemos reconciliar con *nuestras* ideas de lo que es bueno y sabio. Cuando alcanzemos los límites de lo finito y miremos hacia el misterioso reino de lo infinito, exclamemos: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!" (Romanos 11:33).

En tercer lugar, son *libres*. "¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién demandó consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?" (Isaías 40:13, 14). Cuando Dios dictó sus decretos, estaba solo, y sus determinaciones no se vieron influidas por causa externa alguna. Era libre para decretar o dejar de hacerlo, y para decretar una cosa y no otra. Es preciso atribuir esta libertad a Aquel que es supremo, independiente y soberano en todas sus acciones.

En cuarto lugar, los decretos de Dios son *absolutos e incondicionales*. Su ejecución no está supeditada a condición alguna que se pueda o no cumplir. En todos los casos en los que Dios ha decretado un fin, ha decretado también todos los medios para dicho fin. El que

decretó la salvación de sus elegidos, decretó también obrar fe en ellos (II Tesalonicenses 2:13). "Mi consejo permanecerá, y haré *todo* lo que quisiere" (Isaías 46:10); pero esto no podría ser así si su consejo dependiese de una condición que pudiera dejar de cumplirse. Dios "hace todas las cosas según el consejo de su voluntad" (Efesios 1:11).

Junto a la inmutabilidad e inviolabilidad de los decretos de Dios, la Escritura enseña claramente que el hombre es una criatura responsable de sus acciones, de las cuales debe rendir cuentas. Y si nuestras ideas reciben su forma de la Palabra de Dios, la afirmación de una enseñanza de ellas no nos llevará a la negación de la otra. Reconocemos que existe verdadera dificultad en definir dónde termina una y dónde comienza la otra. Esto ocurre cada vez que lo divino y lo humano se confunden. La verdadera oración está redactada por el Espíritu, no obstante, es también el clamor de un corazón humano. Las Escrituras son la Palabra inspirada de Dios, pero fueron escritas por hombres que eran algo más que máquinas en las manos del Espíritu. Cristo es Dios, y también hombre. Es omnisciente, más "crecía en sabiduría" (Lucas 2:52). Es todopoderoso, y sin embargo, fue "crucificado por flaqueza" (II Corintios 13:4). Es el Príncipe de vida, empero murió. Éstos son grandes misterios, pero la fe los recibe sin discusión.

En el pasado se ha hecho observar con frecuencia que toda objeción hecha contra los decretos eternos de Dios se aplica con la misma fuerza contra su eterna presciencia. "Tanto si Dios ha decretado todas las cosas que acontecen como si no lo ha hecho, todos los que reconocen la existencia de un Dios reconocen que

sabe todas las cosas de antemano. Ahora bien, es evidente que si Él conoce todas las cosas de antemano, las aprueba o no, es decir, o quiere que acontezcan o no lo quiere. Pero querer que acontezcan es decretarlas" (Jonathan Edwards).

Finalmente, trátase de hacer una suposición, y luego considérese lo contrario de la misma. Negar los decretos de Dios sería aceptar un mundo, y todo lo que con él se relaciona, regulado por un accidente sin designio o por un destino ciego. Entonces, ¿qué paz, qué seguridad, qué consuelo habría para nuestros pobres corazones y mentes? ¿Qué refugio habría al que acogerse en la hora de la necesidad y la prueba? Ni el más mínimo. No habría cosa mejor que las negras tinieblas y el abyecto horror del ateísmo. ¡Oh lector, cuán agradecidos deberíamos estar porque todo está determinado por la bondad y sabiduría infinitas! ¡Cuánta alabanza y gratitud debemos a Dios por sus decretos! Es por ellos que "*sabemos* que a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme al propósito son llamados" (Romanos 8:28). Bien podemos exclamar: "Porque de Él, y por Él, y en Él, son todas las cosas. *A Él sea gloria* por siglos. Amén" (Romanos 11:36).

LA OMNISCENCIA DE DIOS

Dios es omnisciente, lo conoce todo: todo lo posible, todo lo real, todos los acontecimientos y todas las criaturas del pasado, presente y futuro. Conoce perfectamente todo detalle en la vida de todos los seres que están en el cielo, en la tierra y en el infierno. "Conoce lo que está en tinieblas" (Daniel 2:22). Nada escapa a su atención, nada puede serle escondido, no hay nada que pueda olvidar. Bien podemos decir con el salmista: "Más maravillosa es la ciencia (conocimiento) que mi capacidad; alta es, no puedo comprenderla" (Salmo 139:6). Su conocimiento es perfecto; nunca se equivoca, ni cambia, ni pasa por alto cosa alguna. "Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta" (Hebreos 4:13). ¡Sí, tal es el Dios a quien tenemos que dar cuenta!

"Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme, has entendido desde lejos mis pensamientos. Mi senda y mi acostarme has rodeado, y estás impuesto en todos mis caminos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda" (Salmo 139: 2-4). ¡Qué maravilloso ser es el Dios de la Escritura! Cada uno de sus gloriosos atributos debería de honrarle en nuestra estimación. La comprensión de su omnisciencia debería de inclinarnos ante Él en adoración. Con todo, ¡cuán poco meditamos en su perfección di-

vina! ¿Es ello debido a que, aun el pensar en ella, nos llena de inquietud?

¡Cuán solemne es este hecho: nada puede ser escondido a Dios! “Las cosas que suben a vuestro espíritu, yo las he entendido” (Ezequiel 11:5). Aunque sea invisible para nosotros, nosotros no lo somos para Él. Ni la oscuridad de la noche, ni la más espesa cortina, ni la más profunda mazmorra pueden esconder al pecador de los ojos de la Omnisciencia. Los árboles del huerto fueron incapaces de esconder a nuestros primeros padres. Ningún ojo humano vio a Caín cuando asesinó a su hermano, pero su Creador fue testigo del crimen. Sara podía reír burlonamente oculta en su tienda, mas Jehová la oyó. Acán robó un lingote de oro que escondió cuidadosamente bajo tierra, pero Dios lo sacó a la luz. David se tomó mucho trabajo en esconder su iniquidad, pero el Dios que todo lo ve no tardó mucho en mandar uno de sus siervos a decirle: “Tú eres aquel hombre”. Y al escritor y al lector se les dice: “Sabed que os alcanzará vuestro pecado” (Números 32:23). Si pudieran, los hombres despojarían a la Deidad de su omnisciencia; ¡qué prueba de que “la intención de la carne es enemistad contra Dios”! (Romanos 8:7). Los hombres impíos odian esta perfección Divina que, al mismo tiempo, se ven obligados a admitir. Desearían que no existiera el Testigo de sus pecados, el Escudriñador de sus corazones, el Juez de sus acciones. Intentan extirpar de sus pensamientos a un Dios tal: “Y no dicen en su corazón que tengo en la memoria toda su maldad” (Oseas 7:2). ¡Cuán solemne el octavo versículo del Salmo 90! Todo aquel que rechaza a Cristo tiene buenas razones para temblar ante Él: “Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro”.

Pero la omnisciencia de Dios es una verdad llena de consolación para el creyente. En la perplejidad, dice con Job: "Mas Él conoció mi camino" (23:10). Ello puede ser profundamente misterioso para mí, completamente incomprensible para mis amigos, pero; "Él conoce"! Cuando se sienten fatigados y decaídos, los creyentes se dicen a sí mismos: "Él conoce nuestra condición; acuérdate que somos polvo" (Salmo 103: 14). Cuando les asaltan la duda y la desconfianza apelan a este mismo atributo, diciendo: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y reconoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Salmo 139:23, 24). En el tiempo de triste fracaso, cuando nuestros actos han desmentido a nuestro corazón, nuestras obras repudiado a nuestra devoción, y hemos oído la pregunta escrutadora "¿Me amas?", hemos dicho como Pedro: "Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo" (Juan 21:17).

Ahí hallamos estímulo para orar. No hay razón para temer que las peticiones de los justos no sean oídas, ni que sus lágrimas y suspiros escapen a la atención de Dios, ya que Él conoce los pensamientos e intentos del corazón. No hay peligro de que un santo sea pasado por alto en la multitud de aquellos que cada día y cada hora presentan sus peticiones, porque la Mente infinita es capaz de prestar la misma atención a millones, que a uno solo de los que buscan su atención. Asimismo, la falta de un lenguaje apropiado y la incapacidad de dar expresión al más profundo de los anhelos del alma, no comprometerá nuestras oraciones, porque "será que antes que clamen, responderé yo; aún estando ellos hablando, yo habré oído" (Isaías 65:24).

“Grande es el Señor nuestro, y de mucha potencia; y de su entendimiento no hay número” (Salmo 147:5). Dios, no solamente conoce todo lo que sucedió en el pasado en cualquier parte de sus vastos dominios, y todo lo que ahora acontece en el universo entero, sino que, además, es sabedor de todos los hechos, desde el más insignificante al más grande, que tendrán lugar en el porvenir. El conocimiento del futuro por parte de Dios es tan completo como completo es su conocimiento del pasado y el presente; y esto es así porque el futuro depende enteramente de Él. Si algo pudiera en alguna manera ocurrir sin la directa agencia o el permiso de Dios, ello sería independiente de Él, y Dios dejaría, por ende, de ser Supremo.

El conocimiento Divino del futuro no es una mera abstracción, sino algo inseparablemente relacionado con su propósito y acompañado del mismo. Dios mismo ha designado todo lo que ha de ser, y lo que Él ha designado debe necesariamente efectuarse. Como su Palabra infalible afirma: “En el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, hace según su voluntad: ni hay quien estorbe su mano” (Daniel 4:35). Y: “Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá” (Proverbios 19:21). El cumplimiento de todo lo que Dios ha propuesto está absolutamente garantizado, ya que su sabiduría y poder son infinitos. Que los consejos Divinos dejen de ejecutarse es una imposibilidad tan grande como lo es que el Dios tres veces santo mienta.

En lo relativo al futuro, nada hay incierto en cuanto a la realización de los consejos de Dios. Ninguno de sus decretos, tanto los referentes a criaturas como a causas secundarias, es dejado a la casualidad. No hay

ningún suceso futuro que sea sólo una mera posibilidad, es decir, algo que pueda acaecer o no: “*Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras*” (Hechos 15:18). Todo lo que Dios ha decretado es inexorablemente cierto, porque en Él no hay mudanza ni sombra de variación (Santiago 1:17). Por tanto, en el principio de aquel libro que nos descubre tanto del futuro, se nos habla de “cosas que *deben* suceder presto” (Apocalipsis 1:1).

El perfecto conocimiento por Dios de todas las cosas es ejemplificado e ilustrado en todas las profecías registradas en su Palabra. En el Antiguo Testamento se hallan docenas de predicciones concernientes a la historia de Israel que fueron cumplidas hasta en los más pequeños detalles siglos después de que fueran hechas. Ahí, también, se hallan docenas prediciendo la vida de Cristo en la tierra, y éstas también fueron cumplidas literal y perfectamente. Tales profecías sólo podían ser dadas por Uno que conocía el final desde el principio, y cuyo conocimiento descansaba sobre la certeza absoluta de la realización de todo lo preanunciado. De la misma manera, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contienen muchos anuncios todavía futuros, los cuales *deben* cumplirse porque fueron dados por Aquel que los decretó.

Pero debe señalarse que ni la omniscencia de Dios ni su cognición del futuro, considerados en sí mismos, son causativos. Jamás sucedió, o sucederá, algo meramente porque Dios lo sabía. La *causa* de todas las cosas es la *voluntad de Dios*. El hombre que realmente cree las Escrituras sabe de antemano que las estaciones continuarán sucediéndose con indefectible regularidad hasta el final de la historia de la tierra (Génesis 8:22),

pero su conocimiento no es la causa de esta sucesión. Así, el conocimiento de Dios no proviene del hecho de que las cosas son o serán, sino de que Él las ha ordenado de ese modo. Dios conocía y predijo la crucifixión de su Hijo muchos siglos antes de que se encarnara, y esto era así porque, en el propósito Divino, Él era el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, de ahí que leamos que fue “entregado por determinado consejo y providencia de Dios” (Hechos 2:23).

Permítansenos ahora unas palabras a modo de aplicación. El conocimiento infinito de Dios debería llenarnos de *estupor*. ¡Cuán ilimitadamente superior al más sabio de los hombres es el Eterno! Ninguno de nosotros conoce lo que el día de mañana nos traerá; pero el futuro entero está abierto a su mirada omnisciente. El conocimiento infinito de Dios debería llenarnos de *santo temor*. Nada de lo que hacemos, decimos, o incluso pensamos, escapa a la percepción de Aquel a quien tenemos que dar cuenta: “Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Proverbios 15:3). ¡Qué freno significaría esto para nosotros si meditásemos más a menudo sobre ello! En lugar de obrar indiferentemente, diríamos, con Agar: “Tú eres el Dios de la vista” (Génesis 16:13). La comprensión del infinito conocimiento de Dios debe llenar al cristiano de *adoración*. Mi vida entera ha permanecido abierta a su mirada desde el principio. Él previó todas mis caídas, mis pecados, mis reincidencias; empero, así y todo, fijó su corazón en mí. La comprensión de este hecho, ¡cómo debe postrarme en admiración y adoración delante de Él!

LA PRESCIENCIA DE DIOS

¡Qué de controversias ha engendrado este tema en el pasado! Pero, ¿qué verdad hay en la Santa Escritura que no haya sido tomada como ocasión de batallas teológicas y eclesiásticas? La deidad de Cristo, su nacimiento virginal, su muerte expiatoria, su segunda venida; la justificación del creyente, su santificación, su certeza; la iglesia, su organización, oficiales y disciplina; el bautismo, la cena del Señor, y muchísimas otras verdades preciosas que podríamos mencionar. Con todo, las controversias sostenidas en torno a éstas no cerraron la boca de los siervos fieles de Dios; ¿habríamos de evitar, entonces, la enojosa cuestión de la presciencia de Dios porque hay, ciertamente, algunos que nos acusarán de fomentar la contienda? Que otros disputen, si quieren; nuestro deber es testificar según la luz que se nos concede.

Hay dos cosas, acerca de la presciencia de Dios, que muchos ignoran: el *significado* del término, y su *alcance* bíblico. Debido a que esta ignorancia está tan extendida, le resultará fácil a un predicador o maestro el defraudar con perversiones de este tema aun al pueblo de Dios. Sólo hay una salvaguardia contra el error: estar confirmados en la fe; y para ello ha de haber estudio diligente y oración, y una recepción humilde del injerto de la Palabra de Dios. Sólo entonces somos fortificados contra los ataques de aquellos que nos asaltan. En estos días, hay algunos que están usando

indebidamente de esta verdad con el fin de desacreditar o negar la soberanía absoluta de Dios en la salvación de los pecadores. Así como los críticos de la alta escuela repudian la inspiración divina de las Escrituras, y los evolucionistas la obra de Dios en la creación, así también, algunos falsos maestros de la Biblia pervierten su presciencia con el fin de desechar su absoluta elección para vida eterna.

Cuando se expone el tema bendito y solemne de la predeterminación, y el de la eterna elección por parte de Dios de ciertas personas para ser hechas conformes a la imagen de su Hijo, el Enemigo envía algún hombre a argüir que la elección se basa en la presciencia de Dios, y esta "presciencia" se interpreta significando que previó que algunos serían más dóciles que otros, que responderían más prontamente a los esfuerzos del Espíritu, y que, debido a que Dios sabía que creerían, Él, en consecuencia, los predestinó para salvación. Pero tal declaración es radicalmente errónea. Repudia la verdad de la depravación total, ya que arguye que hay algo bueno en algunos hombres. Quita a Dios su independencia, ya que hace que sus decretos descansen en lo que Él descubre en la criatura. Trastorna las cosas completamente, ya que decir que Dios previó que ciertos pecadores creerían en Cristo, y que, en consecuencia, Él los predestinó para salvación, es lo contrario a la verdad. La Escritura afirma que Dios, en su absoluta soberanía, separó a algunos para que fueran recipientes de sus favores distintivos (Hechos 13:48), y, por tanto, determinó conferirles el don de la fe. La falsa teología hace del conocimiento previo que Dios tiene de nuestra fe la *causa* de su elección para

salvación; mientras que la elección de Dios es la causa, y nuestra fe en Cristo es el *efecto*.

Antes de seguir debatiendo este tema, siempre tan erróneamente interpretado, hagamos una pausa y definamos los términos. ¿Qué quiere decir la palabra "presencia"? "Conocer de antemano", es la pronta respuesta de muchos. Pero no debemos juzgar precipitadamente, ni tampoco aceptar como inapelable la definición del diccionario, ya que ésta no es una cuestión de etimología del término empleado. El uso que el Espíritu Santo hace de una expresión define siempre su significado y alcance. Lo que causa tanta confusión y error es el dejar de aplicar esta regla tan sencilla. Hay muchas personas que piensan conocer el significado de una palabra determinada usada en la Escritura, pero que son reacias a *poner a prueba* sus suposiciones por medio de una concordancia. Ampliemos este punto.

Tomemos la palabra "carne". Su significado parece ser tan obvio que muchos considerarán que el examinar sus varias conexiones en la Escritura es una pérdida de tiempo. Se supone precipitadamente que la palabra es un sinónimo del cuerpo físico, y no se procura indagar más. Pero, en realidad, la "carne" en la Escritura frecuentemente incluye mucho más que lo que es corporal. Sólo por medio de la comparación diligente de *cada caso*, y el estudio de cada contexto por separado, puede descubrirse todo lo que el término abarca. Tomad la palabra "mundo". El lector de la Biblia suele imaginar que esta palabra equivale a la raza humana, y, en consecuencia, interpreta equivocadamente los pasajes en los que la misma aparece. Tomad la palabra "inmortalidad". ¡Sin duda alguna, ésta no requiere estudio! Es obvio que hace referencia a la indestruc-

tibilidad del alma. Ah, lector, cuando se trata de la Palabra de Dios, el dar por sentado algo sin comprobarlo es locura y error. Si el lector se toma la molestia de examinar cuidadosamente cada pasaje en el que se encuentran las palabras "mortal" e "inmortal", se dará cuenta que éstas nunca se aplican al alma, sino al cuerpo.

Todo lo dicho acerca de "carne", "mundo" o "inmortalidad", es aplicable con igual fuerza a los términos "conocer" y "preconocer" (conocer desde antes). Lejos de bastar con la mera suposición de que estas palabras no significan otra cosa que simple cognición, veremos que los diferentes pasajes en los que se encuentran requieren ser considerados cuidadosamente. La palabra "preconocimiento" (traducida en la versión española por "conocer de antes") no se halla en el Antiguo Testamento; pero sí que se da frecuentemente el término "conocer". Cuando éste es usado en relación con Dios significa a menudo *mirar* con favor, denotando, no una mera cognición, sino un *afecto* por el objeto mirado. "Te he conocido por tu nombre" (Éxodo 33:17). "Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día que yo os conozco" (Deuteronomio 9:24). "Antes que te formase en el vientre te conocí" (Jeremías 1:5). "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra" (Amós 3:2). En estos pasajes, "conocer" significa *amar* o bien *designar*.

Asimismo, en el Nuevo Testamento se usa frecuentemente la palabra "conocer" en el mismo sentido que en el Antiguo. "Y entonces les protestaré: Nunca os conocí" (Mateo 7:23). "Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen" (Juan 10:14). "Más si alguno ama a Dios, el tal es conocido de Él"

(I Corintios 8:3). "Conoce el Señor a los que son suyos" (II Timoteo 2:19).

El término "preconocer", o "presciencia", tal como se usa en el Nuevo Testamento, es menos ambiguo que en su simple forma "conocer". Si todos los pasajes en los que aparece son estudiados cuidadosamente, se descubrirá que es muy discutible que el término haga referencia a una mera percepción de eventos que han de tener lugar. En realidad, este término nunca es usado en la Escritura en relación con sucesos o acciones, sino que, por el contrario, siempre se refiere a personas. Dios "conoció por anticipado" a las personas, no a sus acciones. Para demostrarlo, citaremos los pasajes en los que se encuentra esta expresión.

El primero es Hechos 2:23, donde leemos de Jesús: "...entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole" (+). Si nos fijamos con atención en las palabras de este versículo, veremos que el apóstol no estaba hablando del conocimiento anticipado de Dios del *acto* de la crucifixión, sino de la *Persona* crucificada: "éste, entregado *por*", etc.

El segundo es en Romanos 8:29,30. "Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó;" etc. Fijaos bien en el pronombre que se usa aquí. No es *lo que*, sino *los que* antes conoció. Lo que se nos muestra no es la sumisión de la voluntad, ni la fe del corazón, sino las *personas mismas*.

(+) Revisión de 1960.

“No ha desechado Dios a su pueblo, al cual antes conoció” (Romanos 11:2). Una vez más, la referencia es claramente a personas, y a personas solamente.

La última cita es I Pedro 1:2: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre.” ¿Quiénes son “elegidos según la presciencia de Dios Padre”? El versículo anterior nos lo dice: la referencia es a los “extranjeros esparcidos”, es decir, la Diáspora, los judíos creyentes de la dispersión. Aquí, también, la referencia es a personas, no a sus hechos previstos.

En vista de estos pasajes (y no hay más que éstos), ¿qué base bíblica hay para decir que Dios “previó” los hechos de algunos, a saber, su “arrepentimiento y fe”, y que, a causa de los mismos, los eligió para salvación? Absolutamente ninguna. La Escritura *jamás habla* del arrepentimiento y la fe como algo previsto o preconocido por Dios. Es verdad que Dios conocía desde toda la eternidad que algunos se arrepentirían y creerían, pero la Escritura no se refiere a esto como *objeto* de la “presciencia” de Dios. El término se refiere invariablemente a Dios preconociendo a *personas*; así pues, “retengamos la forma de las sanas palabras” (II Timoteo 1:13).

Otra cosa sobre la que deseamos llamar particularmente la atención es que los dos primeros pasajes citados muestran de manera clara, y enseñan implícitamente, que la presciencia de Dios *no es cautiva* sino que, detrás de ella y precediéndola, hay algo más: su propio *decreto soberano*. Cristo fue “entregado por el (1) determinado consejo y (2) anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2:23). Su “consejo” o decreto fue la base de su anticipado conocimiento. Asimismo en Romanos 8:29. Este versículo empieza con la palabra

“porque”, lo cual nos habla de lo que precede inmediatamente. ¿Qué es, entonces, lo que dice el versículo anterior? “Todas las cosas les ayudan a bien... a los que conforme al propósito son llamados.” Así pues, “el anticipado conocimiento” de Dios *se basa en* su “propósito” o decreto (véase Salmo 2:7).

Dios conoce por anticipado lo que *será*, porque Él ha decretado que *sea*. Afirmar, por lo tanto, que Dios elige porque preconoce es invertir el orden de la Escritura, es como poner el carro delante del caballo. La verdad es que preconoce porque ha *elegido*. Esto elimina la base o causa de la elección como algo de la criatura, y la coloca en la soberana voluntad de Dios. Dios se propuso elegir a ciertas personas, no porque hubiera algo bueno en ellas, ni porque previera algo bueno en ellas, sino solamente a causa de su pura buena voluntad. El porqué escogió a éstos no lo sabemos; lo único que podemos decir es: “Así, Padre, porque así te agradó.” La verdad llana de Romanos 8:29 es que Dios, antes de la fundación del mundo, separó ciertos pecadores y los escogió para salvación (II Tesalonicenses 2:13). Esto se ve claro en las últimas palabras del versículo: los “predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”, etc. Dios no predestinó a aquéllos que Él preveía que “eran hechos conformes...”, sino que, por el contrario, predestinó a aquellos a los que “antes conoció” (es decir, amó y eligió) “para que fuesen hechos conformes...” Su conformidad a Cristo no es la causa, sino el efecto de la presciencia y predestinación de Dios.

Dios no eligió ningún pecador porque viera que creería, por la razón, sencilla pero suficiente, de que ningún pecador cree jamás hasta que Dios le da fe; de la

misma manera que ningún hombre puede ver antes que Dios le dé la vista. La vista es el don de Dios, y ver es la consecuencia del uso de su don. Asimismo, la fe es el don de Dios (Efesios 2:8, 9), y creer es la consecuencia del uso de este don. Si fuera cierto que Dios eligió a algunos para ser salvos *porque* a su debido tiempo éstos creerían, eso convertiría el creer en un acto meritorio, y, en este caso, el pecador *tendría* razón de jactarse, lo cual la Escritura niega enfáticamente (Efesios 2:9).

En verdad la Palabra de Dios es suficientemente clara al enseñar que creer no es un acto meritorio. Afirma que los cristianos son aquellos que "*por la gracia* han creído" (Hechos 18:27). Por lo tanto, si han creído "*por gracia*", no hay absolutamente nada meritorio en creer, y, si no hay nada meritorio, no puede ser la base o causa que movió a Dios a escogerlos. No; la elección de Dios no procede de nada que haya en nosotros, o de nada que proceda de nosotros, sino únicamente de su propia y soberana buena voluntad. Una vez más, en Romanos 11:5 leemos de "un remanente escogido *por gracia*". Ahí está suficientemente claro; la misma elección es *por gracia*, y gracia es favor inmerecido, algo a lo que no tenemos derecho alguno.

Así pues, se ve la importancia, para nosotros, de tener ideas claras y bíblicas sobre la presciencia de Dios. Las concepciones erróneas acerca de ella llevan inevitablemente a las más deshonrosas ideas acerca de Dios. El concepto popular sobre la presciencia divina es del todo insuficiente. Dios, no solamente conoció el final desde el principio, sino que planeó, fijó y predestinó todo desde el principio. Y, de la misma manera que la causa determina el efecto, así también, el propósito de

Dios es la base de su presciencia. Si, pues, el lector es un cristiano real, lo es porque Dios lo escogió en Cristo antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4), y lo hizo, no porque previó que creería, sino porque, simplemente, así le agradó hacerlo; te escogió a pesar de tu incredulidad natural. Siendo así, toda la gloria y la alabanza le pertenece sólo a Él. No tienes base alguna para atribuirte ningún mérito. Has creído “por la gracia” (Hechos 18:27), y eso porque tu misma elección fue “de gracia” (Romanos 11:5).

LA SUPREMACIA DE DIOS

En una de sus cartas a Erasmo, Lutero decía: "Vuestro concepto de Dios es demasiado humano". El renombrado erudito probablemente se ofendió por tal reproche que procedía del hijo de un minero; sin embargo, lo tenía perfectamente merecido. Nosotros, también, aunque no tengamos lugar entre los líderes religiosos de esta era degenerada, presentamos la misma denuncia contra la mayoría de los predicadores de nuestros días, y contra quienes, en lugar de escudriñar las Escrituras por sí mismos, aceptan perezosamente las enseñanzas de otros. En la actualidad, y casi en todas partes, se sostienen los más deshonorosos y degradantes conceptos acerca de la autoridad y el reino del Todopoderoso. Para incontables millares, incluso entre los que profesan ser cristianos, el Dios de las Escrituras es completamente desconocido.

En la antigüedad, Dios se quejó a un Israel apóstata: "Pensabas que de cierto sería yo como tú" (Salmo 50:21). Tal ha de ser ahora su acusación contra una cristiandad apóstata. Los hombres imaginan que al Altísimo le mueven, no los principios, sino los sentimientos. Suponen que su omnipotencia es una ficción vacía y que Satanás puede desbaratar Sus designios a su antojo. Creen que si en realidad Él se ha forjado un plan o propósito, ha de ser como los suyos, constantemente sujetos a cambios. Declaran abiertamente que sea

el que fuere el poder que posee, ha de ser restringido, no sea que invada la ciudadela del "libre albedrío" del hombre y lo reduzca a una "máquina". Rebajan la eficacísima expiación, la cual redimió a todos aquellos por los cuales fue hecha, hasta hacer de ella una mera "medicina" que las almas enfermas por el pecado pueden usar si se sienten dispuestas a ello; y desvirtúan la obra invencible del Espíritu Santo, convirtiéndola en una "oferta" del Evangelio que los pecadores pueden aceptar o rechazar a su antojo.

El "dios" del presente siglo veinte no se asemeja más al Soberano Supremo de la Sagrada Escritura de lo que la confusa y vacilante llama de una vela se asemeja a la gloria del sol de mediodía. El "dios" del cual suele hablarse desde el púlpito y en la escuela dominical, el que se menciona en gran parte de la literatura religiosa actual, el que se predica en la mayoría de las llamadas conferencias bíblicas, es una invención de la imaginación humana, una ficción del sentimentalismo sensiblero. Los ídólatras que se hallan fuera del seno de la cristiandad se hacen "dioses" de madera o de piedra, mientras que los millones de ídólatras que se hallan dentro del seno de la cristiandad se elaboran "dioses" producto de sus propias mentes. En realidad, no son otra cosa que ateos, ya que no hay otra alternativa posible sino creer en un Dios absolutamente supremo o no creer en Dios. Un "dios" cuya voluntad puede ser resistida, cuyos designios pueden ser frustrados y cuyos propósitos pueden ser derrotados, no posee derecho alguno a la deidad, y lejos de ser objeto digno de adoración, merece solamente desprecio.

La distancia infinita que existe entre las más poderosas criaturas y el Creador todopoderoso es prueba de la supremacía del Dios viviente y verdadero. Él es

el Alfarero, ellas no son más que barro en sus manos, que puede ser transformado en vasos de honra, o desmenuzado (Salmo 2:9) a su gusto. Si todos los ciudadanos del cielo y todos los habitantes de la tierra se unieran en rebelión contra Él, no le ocasionarían inquietud alguna, y ello tendría menos efecto sobre su trono eterno e inexpugnable del que tiene sobre la elevada roca de Gibraltar la espuma de las olas del Mediterráneo. Tan pueril e impotente para afectar al Altísimo es la criatura, que la Escritura misma nos dice que cuando los príncipes gentiles se unan con Israel apóstata para desafiar a Jehová y su Cristo, "El que mora en los cielos se reirá" (Salmo 2:4).

La supremacía absoluta y universal de Dios está llana y positivamente declarada en muchos lugares de la Escritura. "Tuya es, oh Jehová, la magnificencia, y el poder, y la gloria, la victoria, y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y la altura sobre todos los que están por cabeza... Y Tú señoreas a todos" (I Crónicas 29:11,12). Nótese que dice "señoreas" ahora, no "señorearás en el Milenio". "Jehová Dios de nuestros padres, ¿no eres Tú Dios en los cielos, y te enseñas en todos los reinos de las Gentes? ¿No está en tu mano tal fuerza y potencia, que no hay quien (ni siquiera el diablo) te resista? (II Crónicas 20:6). Ante Él, los presidentes y los papas, los reyes y los emperadores, son menos que la langosta.

"Empero si Él se determina en una cosa, ¿quién lo apartará? Su alma deseó, e hizo" (Job 23:13). Lector amigo, el Dios de la Escritura no es un monarca falso, ni un mero soberano imaginario, sino Rey de reyes y Señor de señores. "Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti" (Job 42:2),

o, como alguien ha traducido, "ningún propósito tuyo puede ser frustrado". Él hace todo lo que ha designado. Cumple todo lo que ha decretado. "Nuestro Dios está en los cielos: Todo lo que quiso ha hecho" (Salmo 115:3); y, ¿por qué? Porque "no hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo contra Jehová" (Proverbios 21:30).

La supremacía de Dios sobre las obras de sus manos está descrita de manera vívida en la Escritura. La materia inanimada y las criaturas irracionales cumplen los mandatos de su Creador. A su mandato el mar Rojo se dividió, y sus aguas se levantaron como muros (Éxodo 14); la tierra abrió su boca y los rebeldes descendieron vivos al abismo (Números 16). Cuando Él lo ordenó, el sol se detuvo (Josué 10); y en otra ocasión volvió diez grados atrás en el reloj de Acáz (Isaías 38:8). Para manifestar su supremacía, hizo que los cuervos llevaran comida a Elías (I Reyes 17), que el hierro nadara sobre las aguas (II Reyes 6:6), cerró la boca de los leones cuando Daniel fue arrojado al foso, e hizo que el fuego no quemara cuando los tres jóvenes hebreos fueron echados a las llamas. Así pues, "todo lo que quiso Jehová, ha hecho en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos" (Salmo 135:6).

La supremacía de Dios se demuestra también en su gobierno perfecto sobre la voluntad de los hombres. Que el lector estudie cuidadosamente Éxodo 34:24. Tres veces al año, todos los varones de Israel debían dejar sus hogares e ir a Jerusalén. Vivían rodeados de pueblos hostiles que les odiaban por haberse apropiado de sus tierras. Siendo así, ¿qué impedía que los cananitas, aprovechando la ausencia de los hombres, mataran a las mujeres y los niños, y tomaran posesión de sus haciendas? Si la mano del Todopoderoso no estuviera incluso sobre la voluntad de los impíos, ¿cómo

podía prometer que nadie ni siquiera “desearía” sus tierras? “Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová: A todo lo que quiere lo inclina” (Proverbios 21:1).

Habría empero quien objete que una y otra vez leemos en la Escritura cómo aquellos hombres desafiaron a Dios, resistieron su voluntad, quebrantaron sus mandamientos, desestimaron sus amonestaciones, e hicieron oídos sordos a sus exhortaciones. Sí, es cierto; pero, ¿anula esto lo que hemos dicho anteriormente? Si es así, entonces la Biblia se contradice manifiestamente a sí misma. Pero eso no puede ser. El que hace esta objeción se refiere únicamente a la impiedad del hombre contra la palabra *externa* de Dios, mientras que lo que hemos mencionado es lo que Dios se ha *propuesto en sí mismo*. La norma de conducta que Él nos ha dado no es cumplida perfectamente por ninguno de nosotros; sus propios “consejos” eternos son cumplidos hasta el más minúsculo de los detalles.

La supremacía absoluta y universal de Dios se afirma con igual claridad y certeza en el Nuevo Testamento. Ahí se nos dice que Dios “hace todas las cosas según el consejo de su voluntad” (Efesios 1:11) —“hace”, en griego, significa “hacer efectivo”—. Por esta razón, leemos: “Porque de Él, y por Él, y en Él, son todas las cosas. A Él sea gloria por siglos. Amén” (Romanos 11:36). Los hombres pueden jactarse de ser agentes libres, con voluntad propia, y de que son libres de hacer lo que les plazca, pero a aquellos que, jactándose, dicen: “Iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y compraremos mercadería y ganaremos...”, la Escritura advierte: “En lugar de lo cual deberíais decir: *Si el Señor quisiere*” (Santiago 4:13, 15).

He aquí, pues, lugar de descanso para el corazón.

Nuestras vidas no son el producto de un destino ciego, ni el resultado de la suerte caprichosa, sino que cada detalle de las mismas fue ordenado por el Dios viviente y soberano. Ni un solo cabello de nuestras cabezas puede ser tocado sin su permiso. "El corazón del hombre piensa su camino: mas Jehová endereza sus pasos" (Proverbios 16:9). ¡Qué certeza, poder y consuelo debería de proporcionar esto al verdadero cristiano! "En tu mano están mis tiempos" (Salmo 31:15). Así, permítidme decir: "Calla a Jehová, y espera en Él" (Salmo 37:7).

LA SOBERANÍA DE DIOS

La soberanía de Dios puede definirse como el *ejercicio* de su supremacía (véase el capítulo anterior). Dios es el Altísimo, el Señor del cielo y de la tierra; está exaltado infinitamente por encima de la más eminente de las criaturas. Él es absolutamente independiente; ni está sujeto a nadie, ni es influido por nadie. Dios obra siempre y únicamente como gusta. Nadie puede frustrar ni detener sus propósitos. Su propia Palabra lo declara explícitamente: “Mi consejo permanecerá, y *haré* todo lo que quisiere” (Isaías 46:10); “En el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, hace según su voluntad: ni hay quien estorbe su mano” (Daniel 4:35). La soberanía divina significa que Dios lo es de hecho, así como de nombre, y que está en el Trono del universo dirigiendo y obrando todas las cosas “según el consejo de su voluntad” (Efesios 1:11).

Con razón decía Spurgeon, en un sermón sobre Mateo 20:15, que “no hay atributo más confortador para Sus hijos que el de la soberanía de Dios. Bajo las más adversas circunstancias y las pruebas más severas, creen que la Soberanía los gobierna y que los santificará a todos. Para ellos, no debería haber nada por lo que luchar más celosamente que la doctrina del señorío de Dios sobre toda la creación —el reino de Dios sobre todas las obras de Sus manos—, El trono de Dios, y Su derecho a sentarse en el mismo. Por otro lado, no hay doctrina más odiada por la persona mundana, ni

verdad que haya sido más maltratada, que la grande y maravillosa, pero certísima, doctrina de la soberanía del infinito Jehová. Los hombres permitirán que Dios esté en todas partes, menos en Su trono. Le permitirán formar mundos y hacer estrellas, dispensar limosnas y conceder mercedes, sostener la tierra y soportar los pilares de la misma, iluminar las luces del cielo, y gobernar las incesantes olas del océano; pero cuando Dios asciende a su trono sus criaturas rechinan los dientes, y nosotros proclamamos un Dios entronizado y su derecho a hacer su propia voluntad con lo que le pertenece, a disponer de sus criaturas como a Él le place, sin necesidad de consultarlas. Entonces se nos maldice y los hombres hacen oídos sordos a lo que les decimos, ya que no aman a un Dios que está sentado en Su trono. Pero es a Dios en Su trono que nosotros queremos predicar. Es en Dios en Su trono en quien confiamos”.

“Todo lo que quiso Jehová, ha hecho en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Salmo 135:6). Sí, querido lector, tal es la Potestad revelada en las Sagradas Escrituras. Sin rival en majestad, sin límite en poder, sin nada, fuera de sí misma, que le pueda afectar. No obstante, vivimos en unos días en los que incluso los más “ortodoxos” parecen temer el admitir la verdadera divinidad de Dios. Dicen que reconocer la soberanía de Dios significa excluir la responsabilidad humana; cuando la verdad es que la responsabilidad humana se basa en la soberanía Divina, y es el resultado de la misma.

“Y nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Salmo 115:3). En su soberanía escogió colocar a cada una de sus criaturas en la condición que pareció bien a sus ojos. Creó ángeles: a algunos los colocó en un estado condicional, a otros les dio una

posición inmutable delante de Él (I Timoteo 5:21), poniendo a Cristo como su cabeza (Colosenses 2:10). No olvidemos que los ángeles que pecaron (II Pedro 2:4) eran sus criaturas tanto como los que no pecaron. Con todo, Dios previó que caerían y, sin embargo, los colocó en un estado mudable y condicional, y les permitió caer, aunque Él no fuera el autor de su pecado.

Asimismo, Dios, en su soberanía, colocó a Adán en el jardín del Edén en un estado condicional. Si lo hubiera deseado podía haberle colocado en un estado incondicional, en un estado tan firme como el de los ángeles que jamás pecaron, en uno tan seguro e inmutable como el de los santos en Cristo. En cambio, escogió colocarle sobre la base de la responsabilidad como criatura, para que se mantuviera o cayera según se ajustase o no a su responsabilidad: la de obedecer a su Creador. Adán era responsable ante Dios por la ley que le había sido dada. Esa era una responsabilidad sin menoscabo y puesta a prueba en las condiciones más favorables.

Dios no colocó a Adán en un estado condicional y de criatura responsable porque fuera justo que así lo hiciera. No, era justo porque Dios lo hizo. Ni siquiera dio el ser a las criaturas porque eso fuera lo justo, es decir, porque estuviera obligado a crearlas; sino que era justo porque Él lo hizo así. Dios es soberano. Su voluntad es suprema. Dios, lejos de estar bajo ninguna ley, es ley en sí mismo, así es que cualquier cosa que Él haga, es justa. Y, ¡ay del rebelde que pone su soberanía en entredicho! “¡Ay del que pleitea con su Hacedor! ¡el tiesto con los tiestos de la tierra! ¿Dirá el barro al que lo labra: Qué haces?” (Isaías 45:9).

Además, Dios el Señor, como soberano, colocó a Israel sobre una base condicional. Los capítulos 19, 20

y 24 de Éxodo ofrecen pruebas claras y abundantes de ello. Estaban bajo el pacto de las obras. Dios les dio ciertas leyes e hizo que las bendiciones sobre ellos, como nación, dependieran de su observancia de las tales. Pero Israel era obstinado y de corazón incircunciso. Se rebelaron contra Jehová, desecharon su ley, se volvieron a los dioses falsos y apostataron. En consecuencia, el juicio divino cayó sobre ellos y fueron entregados en las manos de sus enemigos, dispersados por toda la tierra, y, hasta el día de hoy, permanecen bajo el peso del disfavor de Dios.

Fue Dios quien, en el ejercicio de su gran soberanía, puso a Satanás y sus ángeles, a Adán y a Israel en sus respectivas posiciones de responsabilidad. Pero, en el ejercicio de su soberanía, lejos de quitar la responsabilidad de la criatura, la puso en esta posición condicional, bajo las responsabilidades que Él creyó oportunas; y, en virtud de esta soberanía, Él es Dios sobre todos. De este modo, existe una armonía perfecta entre la soberanía de Dios y la responsabilidad de la criatura. Muchos han sostenido desatinadamente que es imposible mostrar dónde termina la soberanía de Dios y empieza la responsabilidad de la criatura. He aquí dónde empieza la responsabilidad de la criatura: en la ordenación soberana del Creador. En cuanto a su soberanía, ¡no tiene ni tendrá jamás "terminación"!

Vamos a probar aún más que la responsabilidad de la criatura se basa en la soberanía de Dios. ¿Cuántas cosas están registradas en la Escritura que eran justas porque Dios las mandó, y que no lo hubieran sido si no las hubiera mandado? ¿Qué derecho tenía Adán a comer de los árboles del jardín del Edén? ¡El permiso de su Creador (Génesis 2:16), sin el cual hubiera sido un ladrón! ¿Qué derecho tenía el pueblo de Israel a de-

mandar de los egipcios joyas y vestidos (Éxodo 12:35)? Ninguno, sólo que Jehová lo había autorizado (Éxodo 3:22). ¿Qué derecho tenía Israel a matar tantos corderos para el sacrificio? Ninguno, pero Dios así lo mandó. ¿Qué derecho tenía el pueblo de Israel a matar a todos los cananeos? Ninguno, sino que Dios les había mandado hacerlo. ¿Qué derecho tendría el marido a demandar sumisión por parte de su esposa? Ninguno, si Dios no lo hubiera establecido. Podríamos citar muchos más ejemplos para demostrar que la responsabilidad humana se basa en la soberanía Divina.

He aquí otro ejemplo del ejercicio de la absoluta soberanía de Dios: colocó a sus elegidos en un estado diferente al de Adán o Israel. Los puso en un estado incondicional. En el pacto eterno, Jesucristo fue hecho su Cabeza, tomó sobre sí sus responsabilidades y obró para ellos una justicia perfecta, irrevocable y eterna. Cristo fue colocado en un estado condicional, ya que fue "hecho súbdito a la ley, para que redimiese a los que estaban debajo de la ley", sólo que con esta diferencia infinita: los hombres fracasaron, pero Él no fracasó ni podía hacerlo. Y, ¿quién puso a Cristo en este estado condicional? El Dios Trino. Fue ordenado por la voluntad soberana, enviado por el amor soberano, y su obra le fue asignada por la autoridad soberana.

El Mediador tuvo que cumplir ciertas condiciones. Había de ser hecho en semejanza de carne de pecado; había de magnificar y honrar la ley; tenía que llevar todos los pecados del pueblo de Dios en su propio cuerpo sobre el madero; tenía que hacer expiación completa por ellos; tenía que sufrir la ira de Dios, morir y ser sepultado. Por el cumplimiento de todas esas condiciones, le fue ofrecida una recompensa: Isaías 53:10-12. Había de ser el Primogénito entre muchos hermanos;

había de tener un pueblo que participaría de su gloria. Bendito sea su nombre para siempre porque cumplió todas esas condiciones; y porque las cumplió, el Padre está comprometido en juramento solemne a preservar para siempre y bendecir por toda la eternidad a cada uno de aquellos por los cuales hizo mediación su Hijo encarnado. Porque Él tomó su lugar, ellos ahora participan del Suyo. Su justicia es la Suya, su posición delante de Dios es la Suya, y su vida es la Suya. No hay ni una sola condición que ellos tengan que cumplir, ni una sola responsabilidad con la que tengan que cargar para alcanzar la gloria eterna. "Porque con una sola ofrenda *hizo perfectos* para siempre a los santificados" (Hebreos 10:14).

He aquí, pues, la soberanía de Dios expuesta claramente ante todos en las *distintas* formas en que Él se ha relacionado con sus criaturas. Algunos de los ángeles, Adán e Israel fueron colocados en una posición condicional en la que la bendición dependía de *su* obediencia y fidelidad a Dios. Pero, en marcado contraste con éstos, a la "manada pequeña" (Lucas 12:32) le ha sido dada una posición incondicional e inmutable en el pacto de Dios, en sus consejos y en su Hijo; su bendición depende de lo que *Cristo* hizo por ellos. "El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos" (II Timoteo 2:19). El fundamento sobre el que descansan los elegidos de Dios es perfecto: nada puede serle añadido, ni nada puede serle quitado (Eclesiastés 3:14). He aquí, pues, el más alto y grande exponente de la absoluta soberanía de Dios. En verdad, Él "del que quiere tiene misericordia; y al que quiere, endurece" (Romanos 9:18).

LA INMUTABILIDAD DE DIOS

Ésta es una de las perfecciones Divinas que nunca han sido suficientemente estudiadas. Es una de las excelencias que distinguen al Creador de todas sus criaturas. Dios es el mismo perpetuamente; no está sujeto a cambio alguno en su ser, atributos o determinaciones. Por ello, Dios es comparable a una *roca* (Deuteronomio 32:4, etc.) que permanece inmovible cuando el océano entero que la rodea fluctúa continuamente; aunque todas las criaturas estén sujetas a cambios, Dios es inmutable. Él no conoce cambio alguno porque no tiene principio ni fin. Dios es para siempre “el Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

En primer lugar, Dios es inmutable en *esencia*. Su naturaleza y ser son infinitos y, por lo tanto, no están sujetos a mudanza alguna. Nunca hubo un tiempo en el que Él no existiera; nunca habrá día en el que deje de existir. Dios nunca ha evolucionado, crecido o mejorado. Lo que es hoy ha sido siempre y siempre será. “Yo Jehová, no me mudo” (Malaquías 3:6), es su propia afirmación absoluta. No puede mejorar, porque es perfecto; y, siendo perfecto, no puede cambiar en mal. Siendo totalmente imposible que algo externo le afecte, Dios no puede cambiar ni en bien ni en mal: es el mismo perpetuamente. Sólo Él puede decir: “Yo soy el que soy” (Éxodo 3:14). El correr del tiempo no le afecta en absoluto. En el rostro eterno no hay arrugas.

Por lo tanto, su poder nunca puede disminuir, ni su gloria palidecer.

En segundo lugar, Dios es inmutable en sus *atributos*. Cualesquiera que fuesen los atributos de Dios antes que el universo fuera creado, son ahora exactamente los mismos, y así permanecerán para siempre. Es necesario que sea así, ya que tales atributos son las perfecciones y cualidades esenciales de su ser. *Semper idem* (siempre el mismo) está escrito sobre cada uno de ellos. Su poder es indestructible, su sabiduría irreductible y su santidad inmacillable. Como la Deidad no puede dejar de ser, así tampoco pueden los atributos de Dios cambiar. Su veracidad es inmutable, porque su Palabra "permanece para siempre en los cielos" (Salmo 119:89). Su amor es eterno: "Con amor eterno te he amado" (Jeremías 31:3), y "como había amado a los suyos que estaban en el mundo, amólos hasta el fin" (Juan 13:1). Su misericordia es incesante, porque es "para siempre" (Salmo 100:5).

En tercer lugar, Dios es inmutable en su *consejo*. Su voluntad jamás cambia. Algunos quizás objetarán que "arrepintióse Jehová de haber hecho hombre" (Génesis 6:6). A esto respondemos: Entonces, ¿se contradicen las Escrituras a sí mismas? No, eso no puede ser. El pasaje de Números 23:19 es suficientemente claro: "Dios no es hombre, para que mienta; ni hijo de hombre para que se arrepienta". Asimismo, en I Samuel 15:29, leemos: "El Vencedor de Israel no mentará, ni se arrepentirá; porque no es hombre para que se arrepienta". La explicación es muy sencilla. Cuando habla de sí mismo, Dios adapta, a menudo, su lenguaje a nuestra capacidad limitada. Se describe a sí mismo como vestido de miembros corporales, tales como ojos, orejas, manos, etc. Habla de sí mismo "despertando" (Sal-

mo 78:65), "madrugando" (Jeremías 7:13); sin embargo, ni dormita ni duerme. Así, cuando adopta un *cambio en su trato* con los hombres, Dios describe su acción como "arrepentimiento".

Sí, Dios es inmutable en su consejo. "Porque sin arrepentimiento son las mercedes y la vocación de Dios" (Romanos 11:29). Ha de ser así, porque "si Él se determina en una cosa, ¿quién lo apartará? Su alma deseó, e hizo" (Job 23:13). El propósito de Dios jamás cambia. Hay dos causas que hacen al hombre cambiar de opinión e invertir sus planes: la falta de previsión para anticiparse a los acontecimientos, y la falta de poder para llevarlos a cabo. Pero, dado que Dios es omnisciente y omnipotente, nunca necesita corregir sus decretos. No, "el consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Salmo 33:11). Es por ello que leemos acerca de "la inmutabilidad de su consejo" (Hebreos 6:17).

En esto percibimos la distancia infinita que existe entre la más grande de las criaturas y el Creador. Creación y mutabilidad son, en un sentido, términos análogos. Si la criatura no fuera mudable por naturaleza, no sería criatura, sería Dios. Por naturaleza, ni vamos ni venimos de ninguna parte. Nada, aparte de la voluntad y el poder sustentador de Dios, impide nuestra aniquilación. Nadie puede sostenerse a sí mismo ni un sólo instante. Dependemos por completo del Creador en cada momento que respiramos. Reconocemos con el salmista que "Él es el que puso nuestra alma en vida" (Salmo 66:9). Al comprender esta verdad, debería humillarnos el sentido de nuestra propia insignificancia en la presencia de Aquel en quien "vivimos, y nos movemos, y somos".

Como criaturas caídas, no solamente somos mudables, sino que todo en nosotros es *contrario* a Dios. Como tales, somos "estrellas erráticas" (Judas 13), fuera de órbita. "Los impíos son como la mar en tempestad, que no puede estarse quieta" (Isaías 57:20). El hombre caído es inconstante. Las palabras de Jacob, refiriéndose a Rubén, son aplicables igualmente a todos los descendientes de Adán: "Corriente como las aguas" (Génesis 49:4). Así pues, atender a aquel precepto: "dejaos *del hombre*" (Isaías 2:22), no sólo es una muestra de piedad, sino también de sabiduría. No hay ser humano del que se pueda depender. "No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salud" (Salmo 146:3). Si desobedezco a Dios, merezco ser engañado y defraudado por mis semejantes. La gente puede amarte hoy y odiarte mañana. La multitud que gritó: "¡Hosanna al hijo de David!", no tardó mucho en decir: "¡Quita, quita, crucifícale!"

Aquí tenemos *consolación* firme. No se puede confiar en la criatura humana, pero sí en Dios. No importa cuán inestable sea yo, cuán inconstantes demuestren ser mis amigos; Dios no cambia. Si cambiara como nosotros, si quisiera una cosa hoy y otra distinta mañana, si actuara por capricho, ¿quién podría confiar en Él? Pero, alabado sea su santo nombre, Él es siempre el mismo. Su propósito es fijo, su voluntad estable, su Palabra segura. He aquí una *roca* en la que podemos fijar nuestros pies mientras el torrente poderoso arrastra todo lo que nos rodea. La permanencia del carácter de Dios garantiza el cumplimiento de sus promesas: "Porque los montes se moverán, y los collados temblarán; mas no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz vacilará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti" (Isaías 54:10).

En esto hallamos *estímulo para la oración*. “¿Qué consuelo significaría orar a un dios que, como el camaleón, cambiara de color continuamente? ¿Quién presentaría sus peticiones a un príncipe tan variable que concediera una demanda hoy y la negara mañana?” (S. Charnock, 1670). Si alguien pregunta por qué orar a Aquel cuya voluntad está ya determinada, le contestamos: Porque Él así lo quiere. ¿Ha prometido Dios darnos alguna bendición sin que se la pidamos? “Si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye” (I Juan 5:14), y quiere para sus hijos todo lo que es para bien de ellos. El pedir algo contrario a su voluntad no es oración, sino rebelión consumada.

He aquí, también, *terror para los impíos*. Aquellos que desafían a Dios, quebrantan Sus leyes y no se ocupan de Su gloria, sino que, por el contrario, viven sus vidas como si Él no existiera, no pueden esperar que, al final, cuando clamen por misericordia, Dios altere su voluntad, anule su Palabra, y rescinda sus terribles conminaciones. Por el contrario, ha declarado: “Pues también yo haré en mi furor; no perdonaré mi ojo, ni tendré misericordia, y gritarán a mis oídos con gran voz, y no los oiré” (Ezequiel 8:18). Dios no se negará a sí mismo para satisfacer las concupiscencias de ellos. Él es santo y no puede dejar de serlo. Por lo tanto, odia el pecado con odio eterno. De ahí el eterno castigo de aquellos que mueren en sus pecados.

“La inmutabilidad Divina, como la nube que se interpuso entre los israelitas y los egipcios, tiene un lado oscuro y otro claro. Asegura la ejecución de sus amenazas, y el cumplimiento de sus promesas; y destruye la esperanza que los culpables acarician apasionadamen-

te, es decir, la de que Dios será blando para con sus frágiles y descarriadas criaturas, y que serán tratados mucho más ligeramente de lo que parecen indicar las afirmaciones de su Palabra. A esas especulaciones falsas y presuntuosas oponemos la verdad solemne de que Dios es inmutable en veracidad y propósito, en fidelidad y justicia" (J. Dick, 1850).

LA SANTIDAD DE DIOS

“¿Quién no te temerá, oh Señor, y engrandecerá tu nombre? Porque tú sólo eres santo” (Apocalipsis 15:4). Sólo Él es infinita, independiente e inmutablemente santo. Con frecuencia Dios es llamado “El Santo” en la Escritura; y lo es porque en Él se halla la suma de todas las excelencias morales. Es pureza absoluta, sin la más leve sombra de pecado. “Dios es luz, y en él no hay ningunas tinieblas” (I Juan 1:5). La santidad es la misma excelencia de la naturaleza divina: el gran Dios es “magnífico en santidad” (Éxodo 15:11). Por eso leemos: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Habacuc 1:13). De la misma manera que el poder de Dios es lo contrario de la debilidad natural de la criatura, y su sabiduría contrasta completamente con el menor defecto de entendimiento, su santidad es la antítesis de todo defecto o imperfección moral. En la antigüedad, Dios instituyó algunos “que cantasen a Jehová y alabasen en la hermosura de la santidad” (II Crónicas 20:21). El poder es la mano y el brazo de Dios, la omnisciencia sus ojos, la misericordia sus entrañas, la eternidad su duración, pero la santidad es su hermosura” (S. Char-nock). Es esta hermosura lo que le hace deleitoso para aquellos que han sido liberados del dominio del pecado.

A esta perfección divina se le da un énfasis especial. “Se llama santo a Dios más veces que todopoderoso, y se presenta esta parte de su dignidad más que nin-

guna otra. Esta cualidad va como epíteto junto a su nombre más que ninguna otra. Nunca se nos habla de 'Su poderoso nombre', o 'su sabio nombre', sino su *grande* nombre, y, sobre todo, su *santo* nombre. Éste es su mayor título de honor; en éste resalta toda la majestad y respetabilidad de su nombre." (S. Charnock). Esta perfección, como ninguna otra, es celebrada ante el trono del cielo por los serafines que claman: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos" (Isaías 6:3). Dios mismo destaca esta perfección: "Una vez he jurado por mi santidad" (Salmo 89:35). Dios jura por su santidad porque ésta es la expresión más plena de sí mismo. Por ello se nos exhorta: "Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad la memoria de su santidad" (Salmo 30:4). "Podemos llamar a éste un atributo trascendental; es como si penetrara en los demás atributos y les diera lustre" (J. Howe, 1670). Por ello leemos de la "hermosura del Señor" (Salmo 27:4), la cual no es otra que la "hermosura de la santidad" (Salmo 110:3).

"Esta excelencia, destacada por encima de sus otras perfecciones, es la gloria de éstas; es la gloria de la Deidad, y, por consiguiente, de cada una de las perfecciones de la Deidad; así como su poder es el vigor de sus otras perfecciones, su santidad es la hermosura de las mismas; de la manera que sin omnipotencia todo sería débil, sin santidad todo sería desagradable. Si ésta fuera manchada, el resto perdería su honra; sería como si el sol, perdiera su luz: perdería al instante su calor, su poder, y sus virtudes generadoras y vivificadoras. Así como en el cristiano la sinceridad es el brillo, de todas las gracias, la pureza en Dios es el resplandor de todos los atributos de la divinidad.

Su justicia es santa, su sabiduría santa, su brazo poderoso es un 'santo brazo' (Salmo 98:1). Su verdad o palabra es una 'santa palabra' (Salmo 105:42). Su nombre, que expresa todos sus atributos juntos, es un 'santo nombre' (Salmo 103:1)" (S. Charnock).

La santidad de Dios se manifiesta en sus *obras*. Nada que no sea excelente puede proceder de Él. La santidad es la regla de todas sus acciones. En el principio declaró todo lo que había hecho "bueno en gran manera" (Génesis 1:31), lo cual no hubiera podido hacer si hubiera habido algo imperfecto o impuro. Al hombre lo hizo "recto" (Eclesiastés 7:29), a imagen y semejanza de su Creador. Los ángeles que cayeron fueron creados santos, ya que, según leemos, "dejaron su habitación" (Judas 6). De Satanás está escrito: "Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste criado, hasta que se halló en ti maldad" (Ezequiel 28:15).

La santidad de Dios se manifiesta en su *ley*. Esa ley prohíbe el pecado en todas sus variantes: en las formas más refinadas así como en las más groseras, la intención de la mente como la contaminación del cuerpo, el deseo secreto como el acto abierto. Por ello¹ leemos: "La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno" (Romanos 7:12). Sí, "el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová, limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos" (Salmo 19:8,9).

La santidad de Dios se manifiesta *en la cruz*. La expiación pone de manifiesto de la manera más admirable, y a la vez solemne, la santidad infinita de Dios y su odio al pecado. ¡Cuán detestable había de serle éste

cuando lo castigó hasta el límite de su culpabilidad al imputarlo a su Hijo! “Los juicios que han sido o que serán vertidos sobre el mundo impío, la llama ardiente de la conciencia pecadora, la sentencia irrevocable dictada contra los demonios rebeldes, y los gemidos de las criaturas condenadas, no demuestran tan palpablemente el odio de Dios hacia el pecado como la ira del Padre desatada sobre el Hijo. La santidad divina jamás apareció más atractiva y hermosa que cuando la faz del Salvador estaba más desfigurada por los gemidos de la muerte. Él mismo lo declara en el Salmo 22. Cuando Dios esconde de Cristo su faz sonriente y le hunde su afilado cuchillo en el corazón haciéndole exclamar ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado?’, Cristo adora esa perfección divina: ‘Tú empero eres santo’, v. 3” (S. Charnock).

Dios *odia todo pecado* porque es santo. Él ama todo lo que es conforme a sus leyes, y aborrece todo lo que es contrario a las mismas. Su Palabra lo expresa claramente: “El perverso es abominado de Jehová” (Proverbios 3:32). Y otra vez: “Abominación son a Jehová los pensamientos del malo” (Proverbios 15:26). De ello se desprende que Él necesariamente ha de castigar el pecado. El pecado no puede escapar a su castigo porque Dios lo aborrece. Dios ha perdonado a menudo a los pecadores, pero jamás perdona el pecado; el pecador sólo puede ser perdonado a causa de que Otro ha llevado su castigo, porque “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9:22). Por eso se nos dice que “Jehová se venga de sus adversarios, y guarda, enojo para sus enemigos” (Nahum 1:2). A causa de un pecado, Dios desterró a nuestros primeros padres del Edén. Por un pecado, toda la

descendencia de Cam cayó bajo una maldición que todavía perdura. Moisés fue excluido de Canaán a causa de un pecado. Y por un pecado el criado de Eliseo fue castigado con lepra, y Ananías y Safira fueron separados de la tierra de los vivientes.

En esto tenemos pruebas de la inspiración divina de las Escrituras. El alma no regenerada no cree realmente en la santidad de Dios. El concepto que de su carácter tiene es parcial. Espera que su misericordia superará todo lo demás. "Pensabas que de cierto sería yo como tú" (Salmo 50:21), es la acusación de Dios a los tales. Piensan en un dios cortado según el patrón de sus propios corazones malos. De ahí su persistencia en una carrera de locura. La santidad atribuida en las Escrituras a la naturaleza y carácter divinos es tal, que demuestra claramente el origen sobrenatural de éstas. El carácter atribuido a los "dioses" del paganismo antiguo y moderno es todo lo contrario de la pureza inmaculada que pertenece al verdadero Dios. ¡Los descendientes caídos de Adán jamás podían idear un Dios de santidad inefable que aborrece totalmente todo pecado! En realidad, nada pone más de manifiesto la terrible depravación del corazón humano y su enemistad con el Dios viviente que la presencia del que es infinita e inmutablemente santo. La idea humana del *pecado* está prácticamente limitada a lo que el mundo llama "crimen". Lo que no llega a tal gravedad, el hombre lo llama "defectos", "equivocaciones", "enfermedad", etc. E incluso cuando se reconoce la existencia del pecado, se buscan excusas y atenuantes.

El "dios" que la inmensa mayoría de los que profesan ser cristianos "aman" es como un anciano indulgente, quien, aunque no las comparta, disimula benigneamente las "imprudencias" juveniles. Pero la Pala-

bra dice: "Aborreces a *todos* los que obran iniquidad" (Salmo 5:5), y "Dios está airado todos los días contra el impío" (Salmo 7:11). Pero los hombres se niegan a creer en *este* Dios, y rechinan los dientes cuando se les habla fielmente de cómo odia al pecado. No, el hombre pecaminoso no podía imaginar un Dios santo, como tampoco crear el lago de fuego en el que será atormentado para siempre.

Porque Dios es santo, es completamente imposible que acepte a las criaturas sobre la base de sus propias obras. Una criatura caída podría más fácilmente crear un mundo que hacer algo que mereciera la aprobación del que es infinitamente puro. ¿Pueden las tinieblas habitar con la luz? ¿Puede el Inmaculado deleitarse con los "trapos de inmundicia"? (Isaías 64:6). Lo mejor que el hombre pecador puede presentar está contaminado. Un árbol corrompido no puede producir buen fruto. Si Dios considerara justo y santo aquello que no lo es, se negaría a sí mismo y envilecería sus perfecciones; y no hay nada justo ni santo si tiene la menor mancha contraria a la naturaleza de Dios. Pero bendito sea su Nombre, porque lo que su santidad exigió, lo proveyó su gracia en Cristo Jesús Señor nuestro. Cada pobre pecador que se haya refugiado en Él es "acepto en el Amado" (Efesios 1:6). ¡Aleluya!

Porque Dios es santo, debemos acercarnos a Él con la máxima reverencia. "Dios terrible en la grande congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor suyo" (Salmo 89:7). "Ensalzad a Jehová nuestro Dios, y encorvaos al estrado de sus pies: Él es santo" (Salmo 99:5). Sí, "al *estrado*", en la postura más humilde, postrados ante Él. Cuando Moisés se acercaba a la zarza ardiendo, Dios le dijo: "Qui-

ta tus zapatos de tus pies" (Éxodo 3:5). A Él hay que servirle "con temor" (Salmo 2:11). Al pueblo de Israel dijo: "En mis allegados me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado" (Levítico 10:3). Cuanto más temerosos nos sintamos ante su santidad inefable, más aceptables seremos al acercarnos a Él.

Porque Dios es santo, deberíamos desear ser hechos conformes a Él. Su mandamiento es: "Sed santos, porque yo soy santo" (I Pedro 1:16). No se nos manda ser omnipotentes u omniscientes como Dios, sino santos, y eso "en toda conversación" (I Pedro 1:15). "Éste es el mejor medio para agradarle. No glorificamos a Dios tanto con nuestra admiración, ni con expresiones elocuentes o servicio ostentoso, como con nuestra aspiración a conversar con Él con espíritu limpio, y a vivir *para* Él viviendo *como* Él" (S. Charnock). Así pues, por cuanto sólo Dios es la fuente y manantial de la santidad, busquemos la santidad en Él; que nuestra oración diaria sea que "el Dios de paz os santifique *en todo*; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (I Tesalonicenses 5:23).

EL PODER DE DIOS

A menos que creamos que es, no solo omnisciente, sino también omnipotente, no podemos tener un concepto correcto de Dios. El que no puede hacer todo lo que quiere y no puede llevar a cabo todo lo que se propone, no puede ser Dios. Él tiene, no sólo la voluntad para resolver aquello que le parece bueno, sino también el poder para llevarlo a cabo. "El poder de Dios es la facultad y la virtud por la cual puede hacer que se cumpla todo aquello que gusta, todo lo que le dicta su sabiduría infinita, todo lo que la pureza infinita de su voluntad determina... Así como la santidad es la hermosura de todos los atributos de Dios, su poder es el que da vida y acción a todas las perfecciones de la naturaleza Divina. ¡Qué vanos serían los consejos eternos si el poder no interviniera para cumplirlos! Sin el poder, su misericordia no sería más que una débil lástima, sus promesas un sonido vacío, sus amenazas alarmas infundadas. El poder de Dios es como Él mismo: infinito, eterno, inconmensurable; no puede ser contenido, limitado ni frustrado por la criatura" (S. Charnock).

"Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: Que de Dios es la fortaleza" (Salmo 62:11). "Una vez habló Dios", ¡no es necesario más! El cielo y la tierra pasarán, mas su Palabra permanece para siempre. "Una vez habló Dios", ¡cuán digna es su majestad divina! Nosotros, pobres mortales, podemos hablar y, a menu-

do, no ser oídos; pero cuando Él habla, el trueno de su poder se oye en mil colinas. “Y tronó en los cielos Jehová, y el Altísimo dio su voz: granizo y carbones de fuego. Y envió sus saetas, y desbaratólos; y echó relámpagos, y los destruyó. Y aparecieron las honduras de las aguas, y descubriéronse los cimientos del mundo, a tu reprensión, oh Jehová, por el soplo del viento de tu nariz” (Salmo 18:13-15).

“Una vez habló Dios”. He ahí su autoridad inmutable. “Porque, ¿quién en los cielos se igualará con Jehová? ¿Quién será semejante a Jehová entre los hijos de los potentados?” (Salmo 89:6). “Y todos los moradores de la tierra por *nada* son contados; y en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, hace según su voluntad; ni hay quien estorbe su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Daniel 4:35). Esto se puso claramente de manifiesto cuando Dios se encarnó y habitó en el tabernáculo humano. Él dijo al leproso: “Quiero; sé limpio. Y luego su lepra fue limpiada” (Mateo 8:3). A uno que había yacido cuatro días en la tumba le llamó, diciendo: “Lázaro, ven fuera”, y el muerto salió. El viento tormentoso y las olas feroces fueron calmados con una simple palabra de su boca; y una legión de demonios no pudo resistirse a su mandato autoritario.

“De Dios es la fortaleza”, y de Dios solo. Ni una sola criatura en todo el universo tiene un átomo de poder, si Dios no se lo ha dado. Su poder no puede adquirirse, ni está en las manos de ninguna otra autoridad. Pertenece inherentemente a Dios. “El poder de Dios, como Él mismo, existe y se sostiene por sí mismo. El más poderoso de todos los hombres no podría añadir ni incrementar ni un ápice el poder del Omni-

potente. Su trono no puede ser afianzado, ni su brazo asistido. Su corte no la mantienen los cortesanos, y su esplendor no proviene de sus criaturas. Él mismo es la causa central y el originador de todo poder" (C. H. Spurgeon). La creación entera atestigua el gran poder de Dios y su completa independencia de todas las cosas creadas. Oíd su reto: "¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular" (Job 38:4-6). ¡Cuán cierto es que el orgullo del hombre está asentado sobre el polvo!

"El poder es también usado como un nombre de Dios, 'el Hijo del hombre sentado a la diestra de la potencia' (Marcos 14:62), es decir, a la diestra de Dios. Dios y su poder son tan inseparables que son también recíprocos. Su esencia es inmensa, no puede ser limitada en el espacio; es eterna, no puede medirse en términos del tiempo; omnipotente, no puede ser limitada con relación a la acción" (S. Charnock). "He aquí, éstas son partes de sus caminos; ¡más cuán poco hemos oído de él! Porque el estruendo de sus fortalezas, ¿quién lo detendrá?" (Job. 26:14). ¿Quién es capaz de contar todos los monumentos de su poder? Incluso lo que, en la creación visible, se muestra de su poder, está más allá de nuestra capacidad de comprensión; aun menos podemos concebir la omnipotencia misma. En la naturaleza de Dios hay infinitamente más poder del que todas sus obras revelan.

"Partes de sus caminos" es lo que vemos en la creación, la providencia y la redención, pero sólo una pequeña parte de su poder se nos revela en ellas. Esto es

lo que, con meridiana claridad, nos dice Habacuc 3:4: "Allí estaba escondida su fortaleza". Es imposible hallar capítulo más grandilocuente que éste, en el que hallamos tal riqueza de imágenes; sin embargo, nada supera en grandeza a esta declaración. El profeta vio en visión cómo, en una asombrosa demostración de poder, Dios desmenuzaba los montes. No obstante, el versículo mencionado dice que esto, lejos de ser una manifestación de poder, era una ocultación del mismo. ¿Qué quiere significar? Sencillamente, que el poder de la Divinidad es inconcebible, inmenso e incontrolable. Y que las terribles convulsiones que Él obra en la naturaleza son sólo una pequeña muestra de su poder infinito.

Es muy hermoso poder unir los pasajes siguientes: "Él... anda sobre las alturas de la mar" (Job. 9:8), que expresa el poder irrefrenable de Dios; "y por el circuito del cielo se pasea" (Job 22:14), que expresa la inmensidad de su presencia; "Él anda sobre las alas del viento" (Salmo 104:3), que nos habla de la rapidez de sus operaciones. Esta última expresión es muy interesante. No dice que "vuela" o "corre", sino que "anda", y que lo hace en las mismísimas "alas del viento", uno de los elementos más impetuosos, capaz de ser lanzado con tremenda furia y de arrastrarlo todo con rapidez inconcebible, pero que, así y todo, está bajo sus pies, y bajo su perfecto control.

Consideremos ahora el poder de Dios *en la creación*. "Tuyos los cielos, tuya también la tierra; el mundo y su plenitud, tú los fundaste. Al aquilón y al austro tú los creaste" (Salmo 89: 11, 12). Para trabajar, el hombre necesita herramientas y materiales, pero Dios no; su palabra sola creó todas las cosas de

la nada. La inteligencia no puede comprenderlo. Dios “dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió” (Salmo 33:9). La materia original oyó su voz. “Dios dijo: sea... y fue” (Génesis 1). Bien podemos exclamar: “Tuyo el brazo con valentía; fuerte es tu mano, ensalzada tu diestra” (Salmo 89:13).

“¿Quién, mirando al cielo a medianoche y considerando el milagro de las estrellas con los ojos de la razón, puede dejar de preguntarse de *qué* fueron *formadas* en sus órbitas? Por asombroso que parezca, fueron hechas sin materiales de ninguna clase. Brotaron del vacío mismo. La obra imponente de la naturaleza universal emergió de la *nada*. ¿Qué instrumentos usó el Arquitecto Supremo para ajustar las diversas partes con exactitud tal, y para dar al conjunto un aspecto tan hermoso? ¿Cómo fue unido todo formando una estructura tan bien proporcionada y acabada? *Un simple mandato* lo consumó. ‘Sea’, dijo Dios, y no añadió más; y en seguida apareció el maravilloso edificio adornado con toda la belleza, desplegando perfecciones sin número, y declarando, con los serafines, la alabanza de su gran Creador. ‘Por la *palabra* de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el *espíritu* de su boca’ (Salmo 33:6)” (James Hervey, 1789).

Considerad el poder de Dios *en la conservación*. Ninguna criatura tiene poder para conservarse a sí misma. “¿Crece el junco sin lodo? ¿Crece el prado sin agua?” (Job 8:11). Si no hubieran hierbas comestibles, tanto los hombres como las bestias morirían, y si la tierra no fuera refrescada por la lluvia fertilizadora, las hierbas se marchitarían y morirían. Por tanto, Dios es el Conservador “del hombre y el animal”

(Salmo 36:6). Él “sustenta todas las cosas con la palabra de su potencia” (Hebreos 1:3). ¡Qué milagro del poder divino es la vida prenatal del ser humano! El que un ser pueda, vivir durante tantos meses en un lugar tan reducido y sucio, y sin respirar, sería inexplicable si no fuera por el poder de Dios. Verdaderamente, “Él es el que puso nuestra alma en vida” (Salmo 66:9).

La conservación de la tierra de la violencia del mar es otro ejemplo claro del poder de Dios. ¿Cómo ese furioso elemento se mantiene encerrado en los límites en los que Él lo colocó en el principio, continuando allí sin inundar y hacer añicos la parte baja de la creación? La posición natural del agua es sobre la tierra, puesto que es más ligera, e inmediatamente debajo del aire, porque es más pesada. ¿Quién refrena sus naturales cualidades? El hombre ciertamente no, ya que no podría. Lo que la reprime es el mandato de su Creador: “Y dije: Hasta aquí vendrás, y no pasarás adelante, y ahí parará la hinchazón de tus ondas” (Job 38:11). ¡Qué monumento más permanente al poder de Dios es la conservación del mundo!

Considerad el poder de Dios *en el gobierno*. Tomad, por ejemplo, la sujeción en que tiene a Satanás. “El diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devore” (I Pedro 5:8). Está lleno de odio contra Dios y de enemistad furiosa contra los hombres, especialmente los santos. El que envidió a Adán en el paraíso, envidia el placer que para nosotros significa el disfrute de las bendiciones de Dios. Si pudiera, trataría a todos como trató a Job: enviaría fuego del cielo sobre los frutos de la tierra, destruiría el ganado, haría que un viento huracanado derribara las casas, y cubriría nuestros cuerpos de sarna maligna.

Empero, aunque los hombres no se den cuenta de ello, Dios lo reprime hasta cierto punto, impidiéndole realizar sus propósitos malignos, y confinándole a Sus órdenes.

Asimismo, Dios restringe la corrupción natural del hombre. Él permite suficientes brotes del pecado como para mostrar la tremenda ruina que la apostasía del hombre ha producido, pero, ¿quién es capaz de imaginar los terribles extremos a los que el hombre llegaría si Dios retirase su brazo moderador? *Todos* los descendientes de Adán, por naturaleza, tienen bocas "llenas de maledicencia y de amargura; sus pies son ligeros a derramar sangre" (Romanos 3:14,15). ¿Cómo triunfarían la licencia y la locura obstinada si Dios no se impusiera y no edificara muros de contención a las mismas! Véase Salmo 93:3,4.

Considerad el poder de Dios *en sus juicios*. Cuando Dios hiere, nadie puede resistírsele: ved Ezequiel 22:14. ¡Qué ejemplo más terrible de ello el que nos ofrece el diluvio! Dios abrió las ventanas del cielo y rompió las fuentes del gran abismo, y la raza humana entera (excepto los que se hallaban en el arca), impotente ante el temporal de su ira, fue arrastrada. Con una lluvia de fuego y azufre fueron destruidas las ciudades del valle. Faraón y todas sus huestes fueron impotentes cuando Dios sopló sobre ellos en el Mar Rojo. ¡Qué palabras más terribles las de Romanos 9:22! "¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar la ira y hacer notoria su potencia, soportó con mucha mansedumbre los vasos de ira preparados para muerte?" Dios mostrará su gran poder sobre los reprobados, no sólo encarcelándolos en la Gehenna, sino también conservando sus cuerpos, además de sus almas, en los tormentos eternos del lago de fuego.

¡Bien podemos *temblar* ante tal Dios! Tratar desdenosamente a Aquel que puede aplastarnos como si fuésemos moscas, es una conducta suicida. Desafiar al que está vestido de omnipotencia, al que puede hacernos pedazos y arrojarnos al infierno en el momento que lo desee, es el colmo de la locura. Para decirlo de la manera más clara: obedecer su mandamiento es, cuando menos, obrar con sensatez. “Besad al Hijo, porque no se enoje, y perezcáis en el camino, cuando se encendiere un poco su furor” (Salmo 2:12).

¡Bien hace el alma iluminada en *adorar* a un Dios semejante! Las perfecciones maravillosas e infinitas de un Ser así requieren la más ferviente adoración. Si los hombres poderosos y de renombre reclaman la admiración del mundo, cuánto más debería llenarnos de asombro y reverencia el poder del Todopoderoso. “¿Quién como tú, Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en loores, hacedor de maravillas?” (Éxodo 15:11).

¡Bien hace el santo en *confiar* en un Dios tal! Él es digno de confianza implícita. Nada le es demasiado difícil. Si el poder de Dios fuera limitado, podríamos desesperar, pero viéndole vestido de omnipotencia, ninguna oración es demasiado difícil para impedirle contestarla, ninguna necesidad demasiado grande para impedirle suplirla, ninguna pasión demasiado violenta para impedirle dominarla, ninguna tentación demasiado fuerte para impedirle librarnos de la misma, ninguna aflicción demasiado profunda para impedirle aliviarla. “Jehová es la fortaleza de mi vida: ¿de quién he de atemorizarme?” (Salmo 27:1). “A Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más

abundantemente de lo que pedimos o entendemos, por la potencia que obra en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia por Cristo Jesús, por todas edades del siglo de los siglos. Amén” (Efesios 3:20,21).

LA FIDELIDAD DE DIOS

La infidelidad es uno de los pecados más prominentes de estos días malos. En el mundo de los negocios, salvo excepciones cada vez más raras, los hombres no se sienten ligados ya a la palabra empeñada. En la esfera social, la infidelidad conyugal abunda por todos lados; los sagrados lazos del matrimonio son quebrantados con la misma facilidad con que se desecha una prenda vieja. En el reino eclesiástico, miles que prometieron solemnemente predicar la verdad, la atacan y niegan sin escrúpulo alguno. Ningún lector o escritor puede pretender ser inmune a este terrible pecado: ¡de cuántas maneras diferentes hemos sido infieles a Cristo y a la luz y privilegios que Dios nos ha confiado! ¡Qué alivio, qué inefable bendición es el levantar nuestros ojos de esta escena de ruina, y ver a Aquel que es fiel en todas las cosas y en todo tiempo. “Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios *fiel*” (Deuteronomio 7:9)! Esta cualidad es esencial a su ser, sin ella no sería Dios. Para Dios, ser infiel sería obrar en contra de su naturaleza, lo cual es imposible: “Si fuéremos infieles, Él permanece fiel: no se puede negar a sí mismo” (II Timoteo 2:13). La fidelidad es una de las gloriosas perfecciones de su ser. Es como si estuviera vestido de ella: “Oh Jehová, Dios de los ejércitos, ¿Quién como tú? Poderoso eres, Jehová, y tu verdad (1) está *en torno* de ti” (Salmo 89:8). Asimismo-

(1) La palabra “verdad” tiene el significado de “fidelidad” cada vez que aparece en las citas bíblicas de este capítulo. — (Nota del traductor.)

mo, cuando Dios fue encarnado, fue dicho: "Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de sus riñones" (Isaías 11:5).

¡Qué palabra la del Salmo 36:5: "Jehová, hasta los cielos es tu misericordia; tu verdad hasta las nubes"! La fidelidad inmutable de Dios está muy por encima de la comprensión finita. Todo lo concerniente a Dios es vasto, grande, incomparable. Él nunca olvida, ni falta a su Palabra; nunca la pronuncia con vacilación, nunca renuncia a ella. El Señor se ha comprometido a cumplir cada promesa y profecía, cada pacto establecido y cada amenaza, porque "Dios no es hombre, para que mienta; ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará?; habló, ¿y no lo ejecutará?" (Números 23:19). Por ello exclama el creyente: "Nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad" (Lamentaciones 3:22,23).

Las ilustraciones sobre la fidelidad de Dios son muy abundantes en las Escrituras. Hace más de cuatro mil años, Él dijo: "Todavía serán todos los tiempos de la tierra; la sembrera y la siega, el frío y calor, verano e invierno, y día y noche, no cesarán" (Génesis 8:22). Cada año que pasa es una nueva prueba del cumplimiento de esta promesa por parte de Dios. En Génesis 15 leemos que Jehová declaró a Abraham, "Tu simiente será peregrina en tierra no suya, y servirá a los de allí... y en la cuarta generación volverán acá" (vs. 13-16). Los siglos siguieron su curso, y los descendientes de Abraham gemían mientras cocían ladrillos en Egipto. ¿Había olvidado Dios su promesa? No, por cierto. Leed Éxodo 12:41: "Y pasados cuatrocientos treinta años, en el mismo día salieron todos los ejércitos de Jehová de la tierra de Egipto." Dios,

hablando por el profeta Isaías, declaró: "He aquí que la virgen concebirá, y parirá hijo, y llamará su nombre Emmanuel" (7:14). De nuevo pasaron los siglos, pero "venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió su Hijo, hecho de mujer" (Gálatas 4:4).

Dios es veraz. Su Palabra de promesa es segura. En todas sus relaciones con su pueblo, Dios es fiel. En Él el hombre puede confiar. Nadie ha confiado jamás en Dios en vano. Esta verdad preciosa la encontramos expresada en cualquier lugar de la Escritura, porque su pueblo necesita saber que la fidelidad es una parte esencial del carácter Divino. Éste es el fundamento de nuestra confianza. Pero una cosa es aceptar la fidelidad de Dios como una verdad divina, y otra muy distinta obrar de acuerdo con ella. Dios nos ha dado "preciosas y grandísimas promesas", pero, ¿contamos realmente con su cumplimiento? ¿Esperamos, en realidad, que haga por nosotros todo lo que ha dicho? ¿Descansamos con seguridad absoluta en las palabras: "Fiel es el que prometió"? (Hebreos 10:23).

Hay épocas en la vida de todos los hombres, incluso en la de los cristianos, cuando no es fácil creer que Dios es fiel. Nuestra fe es penosamente probada, nuestros ojos oscurecidos por las lágrimas, y no podemos acertar a ver la obra de su amor. Los ruidos del mundo aturden nuestros oídos perturbados por los susurros ateos de Satanás, que nos impiden oír los acentos dulces de Su tierna y queda voz. Los planes que acariciábamos han sido desbaratados, algunos amigos en los cuales confiábamos nos han abandonado, alguien que profesaba ser nuestro hermano en Cristo nos ha traicionado. Nos tambaleamos. Intentamos ser fieles a Dios, pero una oscura nube le esconde de nosotros.

Encontramos que, para el entendimiento carnal, es difícil, mejor dicho, imposible, armonizar los reveses de la providencia con sus gratas promesas. ¡Ah, alma vacilante, compañero de peregrinaje que has sido probado severamente, pide gracia para atender a esta admonición! “¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y *apóyese en su Dios*” (Isaías 50:10).

Cuando eres tentado a dudar de la fidelidad de Dios, grita: “¡Vete, Satanás!”. Aunque no puedas armonizar el proceder misterioso de Dios con las declaraciones de su amor, espera en Él, y pídele más luz. Él te lo mostrará a su debido tiempo. “Lo que yo hago, tú no entiendes *ahora*; mas lo entenderás después” (Juan 13:7). Los resultados te mostrarán que Dios no ha olvidado ni defraudado a los suyos. “Empero Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto será ensalzado teniendo de vosotros misericordia: porque Jehová es Dios de juicio; bienaventurados todos *los que le esperan*” (Isaías 30:18).

*No juzgues al Señor con tu débil sentido,
Confía en Él, empero, y en su gracia:
De la providencia tras el fruncido ceño
Esconde, grato, una sonrisa.
Tomad nuevo ánimo santos temerosos:
Las temidas nubes que os angustian
Ricas en gracia son, y sobre vosotros
Bendición de Dios derramarán.*

“Tus testimonios, que has recomendado, son rectos y muy fieles” (Salmo 119:138). Dios no sólo nos ha hecho saber lo mejor, sino que no nos ha escondido lo

peor. Nos ha descrito fielmente la ruina que la caída trajo consigo. Ha diagnosticado fielmente el estado terrible que ha producido el pecado. Nos ha hecho conocer su odio inveterado hacia el mal, y que éste debe ser castigado. Nos ha prevenido fielmente que Él es “fuego consumidor” (Hebreos 12:29). Su Palabra no sólo abunda en ilustraciones de su fidelidad en el cumplimiento de sus promesas, sino que también registra numerosos ejemplos de su fidelidad en el cumplimiento de sus amenazas. Cada etapa de la historia de Israel ejemplifica este hecho solemne. Lo mismo sucede en lo referente a los individuos: Faraón, Acán y otros muchos son otras tantas pruebas. Y así será contigo, lector querido; a menos que hayas acudido ya, o que acudas a Cristo en busca de refugio, el tormento eterno del lago de fuego será tu porción cierta. Dios es fiel.

Dios es fiel *al proteger* a su pueblo. “Fiel es Dios, por el cual sois llamados a la participación de su Hijo” (I Corintios 1:9). En el versículo precedente se promete que Dios confirmará a los suyos hasta el fin. La fe del apóstol en la absoluta seguridad de la salvación de los creyentes se basaba, no en el poder de sus resoluciones ni en su capacidad para perseverar, sino en la veracidad de Aquel que no puede mentir. Dios no permitirá que perezca ninguno de los que forman parte de la herencia que ha dado a su Hijo, sino que ha prometido librarles del pecado y la condenación, y hacerles partícipes de la vida eterna en gloria.

Dios es fiel *al disciplinar* a los suyos. Es tan fiel en lo que retiene como en lo que da. Fiel al enviar penas, tanto como al dar alegrías. La fidelidad de Dios es una verdad que debemos reconocer, no sólo cuando

estamos en paz, sino también cuando sufrimos la más severa reprensión. Este reconocimiento debe estar en nuestro corazón, no debe ser de labios solamente. Es la *fidelidad* de Dios la que maneja la vara con la que nos hiera. Reconocerlo así equivale a humillarnos delante de Él, y confesar que merecemos su corrección, y, en lugar de murmurar, darle gracias. Dios nunca aflige sin razón: “*Por lo cual* hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros” (I Corintios 11:30), ilustra este principio. Cuando su vara cae sobre nosotros, digamos con Daniel, “Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro” (9:7).

“Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justicia, y que conforme a *tu fidelidad* me afligiste” (Salmo 119:75). La pena y la aflicción son no sólo compatibles con el amor prometido en el pacto eterno, sino partes de la administración del mismo. Dios es fiel, no solamente a pesar de las aflicciones, sino también al enviarlas. “Entonces visitaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad” (Salmo 89:32,33), El castigo es, no sólo reconciliable con su misericordia, sino el efecto y la expresión de la misma. ¡Cuánta más paz de espíritu tendría el pueblo de Dios si cada uno recordara que Su pacto de amor le obliga a enviar corrección cuando es conveniente! Las aflicciones nos son necesarias: “En su angustia madrugarán a mí” (Oseas 5:15).

Dios es fiel *al glorificar* a sus hijos. “Fiel es el que os ha llamado; el cual también lo hará” (I Tesalonicenses 5:24). Aquí se refiere a los santos que “son guardados enteros sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Dios no nos trata según

nuestros méritos (pues no tenemos ninguno), sino según su propio gran nombre. Dios es fiel a sí mismo y a su propio propósito de gracia: "A los que llamó... a éstos también glorificó" (Romanos 8:30). Dios da una demostración plena de la permanencia de su bondad eterna hacia sus escogidos al llamarlos eficazmente de las tinieblas a su luz admirable; y esto debería asegurarles plenamente de la certeza de su perseverancia. "El fundamento de Dios *está firme*" (II Timoteo 2:19). Pablo descansaba en la fidelidad de Dios cuando dijo: "Yo sé a quién he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (II Timoteo 1:12).

La comprensión de esta bendita verdad nos *librará de la inquietud*. Cuando estamos llenos de ansiedad, cuando vemos nuestra situación con temor, cuando miramos al mañana con pesimismo, estamos rechazando la fidelidad de Dios. El que ha cuidado de su hijo a través de los años no lo abandonará cuando sea viejo. El que ha oído tus oraciones en el pasado, no dejará de suplir tus necesidades en el momento de apuro. Descansa en Job 5:19: "En seis tribulaciones te librará, y en la séptima no te tocará el mal".

La comprensión de esta bendita verdad *refrenará nuestra murmuración*. El Señor sabe qué es lo mejor para cada uno de nosotros, y el descansar en esta verdad acallará nuestras quejas impacientes. Dios será grandemente honrado si, cuando pasamos por la prueba y la reprensión, tenemos buena memoria de Él, vindicamos su sabiduría y justicia, y reconocemos su amor incluso en la misma reprobación.

La comprensión de esta bendita verdad aumentará nuestra *confianza en Dios*. "Por eso los que son afligi-

dos según la voluntad de Dios, encomiéndenle sus almas, como a fiel Creador, haciendo bien" (I Pedro 4:19). Cuando abandonemos confiadamente nuestras vidas y nuestras cosas en las manos de Dios, plenamente persuadidos de su amor y fidelidad, pronto nos contentaremos con sus provisiones, y nos daremos cuenta que Dios "lo hace todo bien".

LA BONDAD DE DIOS

“Alabad a Jehová, porque es bueno” (Salmo 136:1). La “bondad” de Dios atañe a la perfección de su naturaleza: “Dios es luz, y en Él no hay ningunas tinieblas” (I Juan 1:5). La perfección de la naturaleza de Dios es tan absoluta que no hay nada en ella que sea incompleto o defectuoso, ni nada puede serle añadido que pudiera mejorarla. “Sólo Él es originalmente bueno, en sí mismo; las criaturas pueden ser buenas sólo por la participación y comunicación que viene de Dios. Él es bueno esencialmente, y no sólo bueno, sino la bondad misma; la bondad de la criatura es sólo una cualidad sobreañadida, mientras que en Dios es su misma esencia. Él es infinitamente bueno; la bondad en la criatura es como una gota, en Dios es como un océano infinito. Él es bueno eterna e inmutablemente, porque no puede ser menos bueno de lo que es. En Dios no cabe la adición ni la substracción” (Thomas Manton). Dios es “summum bonum”, el sumo bien.

Dios es, no sólo el más grande de todos los seres, sino también el mejor. Todo el bien que puede haber en una criatura le ha sido impartido por el Creador, pero la bondad es propia en Dios porque es la esencia de su naturaleza eterna. Dios era eternamente bueno antes de que hubiera ninguna manifestación de su gracia, y antes de que existiera ninguna criatura a la cual impartirla o con la cual ejercitarla, del mismo

modo que era infinito en poder desde toda la eternidad, antes de que hubiera manifestación alguna del mismo, y antes de que hiciera uso de su omnipotencia. De ahí que la primera manifestación de su perfección divina fuera dar el ser a todas las cosas. “Bueno eres tú, y bienhechor” (Salmo 119:68). Dios tiene, en sí mismo, un tesoro infinito e inagotable de bendición que es suficiente para llenarlo todo.

Todo lo que emana de Dios —sus decretos, sus leyes, su providencia, la creación— no puede ser sino bueno, como está escrito: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era *bueno en gran manera*” (Génesis 1:31). Así, pues, la bondad de Dios se revela, en primer lugar, en la creación. Cuanto más detenidamente estudiamos a la criatura, más evidente es la bondad de Dios. Tomad al hombre, la suprema entre las criaturas terrestres, como ejemplo. Todo, en la estructura de nuestros cuerpos, atestigua la bondad de su Creador. ¡Cuán adecuadas son las manos para llevar a cabo su trabajo! ¡Cuán bueno fue el Señor proveyendo del sueño al cuerpo cansado! ¡Cuán benévolo al proveer de párpados y cejas a los ojos para su protección! Y así podríamos seguir indefinidamente.

Empero la bondad del Creador no se limita al hombre, sino que es ejercitada para con todas las criaturas. “Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida en su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a todo viviente” (Salmo 145: 15, 16). Podrían escribirse volúmenes enteros, —más de los que ya se han escrito— para ampliar esta verdad. Dios ha hecho abundante provisión para suplir las necesidades de los pájaros del aire, los animales del bosque y los peces del mar. “El da mantenimiento a toda carne,

porque para siempre es su misericordia" (Salmo 136:25). Verdaderamente, "de la misericordia de Jehová está llena la tierra" (Salmo 33:5).

La bondad de Dios es notoria en la variedad de placeres naturales que ha provisto para sus criaturas. Dios podía haberse contentado satisfaciendo nuestra hambre sin que la comida fuera agradable a nuestro paladar. ¡Qué evidente es su bondad en la variedad de gustos que ha dado a la carne, las verduras y las frutas! Dios nos ha dado, no sólo los sentidos, sino también aquello que los satisface; y esto, también, revela su bondad. La tierra podía haber sido igualmente fértil sin que su superficie fuera tan deliciosamente variada. Nuestra vida física podría haberse mantenido sin las flores hermosas que regalan nuestra vista y que exhalan dulces perfumes. Podríamos haber andado sin que los oídos nos trajeran la música de los pájaros. ¿De dónde proviene, pues, esta hermosura, este encanto tan generosamente vertido sobre la faz de la naturaleza? Verdaderamente, "las misericordias de Jehová sobre todas sus obras" (Salmo 145:9).

La bondad de Dios se manifiesta en el hecho de que, cuando el hombre quebrantó la ley de su creador, no comenzó en seguida una dispensación de pura ira. Dios podía muy bien haber privado a las criaturas caídas de toda bendición, consuelo y placer. En lugar de hacerlo así, introdujo un régimen mixto, de misericordia y de juicio. Si consideramos debidamente este hecho, notaremos qué maravilloso es; y cuanto más detenidamente lo estudiemos, más claramente aparecerá que "la misericordia se gloria contra el juicio" (Santiago 2:13). A pesar de todos los males que acompañan nuestro estado caído, la balanza del bien prevalece grandemente. Con relativamente raras excep-

ciones, los hombres y las mujeres conocen muchísimos más días de buena salud que de enfermedad y dolor. En la creación hay muchísima más felicidad que desdicha. Incluso para nuestras penas hay considerable alivio, y Dios ha dado a la mente humana una flexibilidad que le permite adaptarse a las circunstancias y sacar el mejor provecho posible de ellas.

La bondad de Dios no puede ser puesta en entredicho porque haya sufrimiento y dolor en el mundo. Si el hombre *peca contra* la bondad de Dios, si menosprecia las riquezas de su benignidad, y paciencia, y longanimidad, y después, por su dureza y por su corazón no arrepentido, atesora para sí ira para el día de la ira (Romanos 2:4,5), ¿a quién puede culpar si no a sí mismo? Si Dios no castigara a los que hacen mal uso de sus bendiciones, abusan de su benevolencia y pisotean sus misericordias, ¿sería Él, “bueno”? Cuando Dios libre la tierra de los que han quebrantado sus leyes, desafiado su autoridad, escarnecido a sus mensajeros, despreciado a su Hijo y perseguido a aquellos por los que Éste murió, la bondad de Dios no sufrirá, sino que, por el contrario, ello será el ejemplo más brillante de la misma.

La bondad de Dios apareció más gloriosa que nunca cuando “envió su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley, para que redimiese a los que estaban debajo de la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gálatas 4:4,5). Fue entonces cuando una multitud de las huestes celestes alabó a su Creador y dijo: “Gloria en las alturas a Dios, y en la tierra paz, *buena voluntad* para con los hombres” (Lucas 2:14). Sí, en el Evangelio, “la gracia (en el original griego “bondad”) de Dios que trae salvación a todos los hom-

bres, se manifestó" (Tito 2:11). Tampoco la bondad de Dios puede ser puesta en entredicho porque no hiciera objeto de su gracia redentora a todas las criaturas pecadoras. Tampoco lo hizo así con los ángeles caídos. Si Dios hubiera dejado que todos perecieran, ello no se hubiera reflejado en su *bondad*. Al que discuta tal afirmación le recordamos la soberana prerrogativa de nuestro Señor: "¿No me es lícito a mí hacer lo que quiero con lo mío? o ¿es malo tu ojo, porque yo soy bueno?" (Mateo 20:15).

"Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres" (Salmo 107:8). La gratitud es la respuesta justamente requerida de los que son objeto de su benevolencia; pero, porque su bondad es tan constante y abundante, a nuestro gran Benefactor, le es negada a menudo esta gratitud. Es tenida en poca estima porque es ejercida hacia nosotros en el curso normal de los eventos. No es sentida porque la experimentamos diariamente. "¿Menosprecias las riquezas de su benignidad?" (Romanos 2:4). Su bondad es "menospreciada" cuando no es perfeccionada como medio de llevar a los hombres al arrepentimiento, sino que, por el contrario, sirve para endurecerlos al suponer que Dios pasa por alto su pecado.

La bondad de Dios es la esencia de la confianza del creyente. Esta excelencia de Dios es la que más apela a nuestros corazones. Su bondad permanece para siempre, y, por ello, nunca deberíamos desanimarnos: "Bueno es Jehová para fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en Él confían" (Nahum 1:7). "Cuando otros se portan mal con nosotros, ello debería llevarnos a dar gracias al Señor, porque *Él* es bue-

no; y, cuando somos conscientes de estar lejos de ser buenos, deberíamos bendecirle más reverentemente, porque *Él* es bueno. No debemos permitirnos ni un momento de incredulidad acerca de la bondad de Dios; aunque todo lo demás sea puesto en duda, esto es absolutamente cierto: Jehová es bueno; sus dispensaciones pueden variar, pero su naturaleza es siempre la misma” (C. H. Spurgeon).

LA PACIENCIA DE DIOS

Se ha escrito mucho menos sobre ésta que sobre las demás excelencias del carácter Divino. No pocos de los que se han extendido sobre sus atributos, han dejado de comentar la paciencia de Dios. No es fácil hallar la razón, ya que la longanimidad de Dios es, ciertamente, una de las perfecciones divinas, tanto como puedan serlo su sabiduría, poder o santidad, y es, por nuestra parte, tan digna de admiración y reverencia como las demás. Es verdad que este término no se encuentra en la concordancia tan frecuentemente como los otros, pero la gloria de esta gracia brilla en casi cada una de las páginas de las Escrituras. ¡Cuánto bien nos perdemos al no meditar con frecuencia sobre la paciencia de Dios, y al no orar fervientemente para que nuestros corazones, y caminos sean hechos conforme a la misma!

Con toda probabilidad, la razón principal de que tantos escritores hayan dejado de ofrecernos algo, separadamente, sobre la paciencia de Dios, ha sido la dificultad en distinguir entre este atributo y la bondad y misericordia, particularmente esta última. La longanimidad de Dios se menciona una y otra vez en relación a su gracia y misericordia, como puede comprobarse en Éxodo 34:6; Números 14:18; Salmo 86:15, etcétera. Que la paciencia de Dios es, en realidad, una manifestación de su misericordia, es algo que no puede negarse (al menos ésta es una manera en la cual

se manifiesta frecuentemente); pero lo que no podemos aceptar es que sean una misma excelencia, y que no pueda separarse la una de la otra. Puede que el distinguir entre ellas no sea fácil; no obstante, la Escritura nos autoriza plenamente a atribuir a la una lo que no podemos atribuir a la otra.

El puritano Stephen Charnock definía la paciencia de Dios del modo siguiente: "Es una parte de la bondad y misericordia de Dios, y, sin embargo, difiere de ambas. Dios, siendo la bondad más grande, tiene la mayor benignidad; la benignidad es siempre la compañera de la verdadera bondad, y cuanto mayor la bondad, mayor la benignidad. ¿Quién tan santo como Cristo? ¿Y quién tan manso? La lentitud de Dios para la ira es una consecuencia de su misericordia: 'Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira' (Salmo 145:8). Difiere de la misericordia en la consideración formal del tema: la misericordia concierne a la criatura como miserable, la paciencia como criminal; la misericordia se apiada de ella en su miseria, la paciencia sufre el pecado que engendró la miseria, y da lugar a más."

Personalmente, definiríamos la paciencia divina como el poder de control que Dios ejerce sobre sí mismo haciéndole ser indulgente con el impío y que detiene por tanto tiempo el castigarle. En Nahum 1:3, leemos: "Jehová es tardo para la ira, y grande en poder", acerca de lo cual decía Charnock: "Los hombres grandes según el mundo son irascibles, y no perdonan tan fácilmente las ofensas que les infligen como los de más humilde condición. Es la falta de poder sobre sí mismos lo que hace a estos hombres reaccionar imprudentemente a la provocación. El príncipe que puede dominar sus pasiones es el rey, no sólo para sus súbditos,

sino también para sí mismo. Dios es tardo para la ira *porque* es grande en poder. Él no tiene menos poder sobre sí mismo que sobre sus criaturas.”

Creemos que es en este punto que la paciencia de Dios se distingue más claramente de su misericordia. Aunque beneficie a la criatura, la paciencia de Dios concierne principalmente a Él; es la limitación que ha impuesto a sus actos por su propia voluntad; mientras que su misericordia acaba enteramente en la criatura. La paciencia de Dios es la excelencia que le hace soportar graves ofensas sin vengarlas inmediatamente. Él tiene el poder de la paciencia así como también el de la justicia. De ahí que la palabra hebrea usada para describir la longanimidad divina, sea traducida como “tardo para la ira” en Nehemías 9:17, Salmo 103:8, etc. No es que haya pasiones en la naturaleza Divina, sino que Dios, en su sabiduría y voluntad, se complace en actuar con la nobleza y sobriedad propias de su sublime majestad.

Hagamos notar, en apoyo de la anterior definición, que fue a esta excelencia del carácter Divino que Moisés apeló cuando Israel pecó gravemente en Cadesbarnea, provocando la ira vehemente de Dios. El Señor dijo a su siervo: “Yo le heriré de mortandad, y lo destruiré”. Fue entonces que el característico mediador apeló: “Te ruego que sea magnificada *la fortaleza* del Señor, como lo hablaste, diciendo: Jehová, *tardo de ira*”, etc. (Números 14:17,18). Así pues, su “longanimidad” es su “poder” de autosujeción.

Además, en Romanos 9:22, leemos: “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar la ira y hacer notoria su potencia, soportó con mucha mansedumbre (paciencia) los vasos de ira preparados para muerte?” Si Dios rompiera inmediatamente esos vasos reprobados, su

poder de dominio propio no sería tan notable; al sobrellevar su impiedad por tanto tiempo sin castigarla, queda demostrado gloriosamente el poder de su paciencia. Es verdad que el impío interpreta su longanimidad de manera muy diferente —“Porque no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos lleno para hacer mal” (Eclesiastés 8:11)— pero, con todo, el ojo del ungido adora lo que ellos agravian.

“El Dios de la paciencia” (Romanos 15:5) es uno de los títulos Divinos. La Deidad es así denominada porque, en primer lugar, Dios es el autor y el objeto de la gracia de la paciencia en la criatura. En segundo lugar, porque esto es lo que Él es en sí mismo: la paciencia es una de sus perfecciones. En tercer lugar, como modelo para nosotros: “Vestíos pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de *tolerancia*” (Colosenses 3:12). “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados” (Efesios 5:1). Cuando seáis tentados a sentirnos disgustados por la torpeza de alguien o a vengaros del que os ha ofendido, recordad la paciencia y longanimidad de Dios para con vosotros.

La paciencia de Dios se *manifiesta* en su trato con los pecadores. Cuán sorprendentemente se puso de manifiesto para con los hombres antediluvianos. Cuando la humanidad estaba totalmente degenerada, y toda carne había corrompido sus caminos, Dios no la destruyó sin antes advertirlo. Dios “esperó” (I Pedro 3:20), probablemente, no menos de ciento veinte años (Génesis 6:3), durante los cuales Noé fue “pregonero de justicia” (II Pedro 2:5). Del mismo modo, más tarde, cuando los gentiles no sólo adoraban más a la criatura

que al Creador, sino que cometían las abominaciones más viles, contrarias incluso a los dictados de la naturaleza (Romanos 1:19-26), llenando así la medida de su iniquidad, Dios, en lugar de usar su espada para exterminarlos, dejó "a todas las gentes andar en sus caminos", y les dio "lluvias del cielo y tiempos fructíferos" (Hechos 14: 16,17).

La paciencia de Dios fue maravillosamente ejercida y manifestada para con Israel. Primero "por tiempo como de cuarenta años soportó sus costumbres en el desierto" (Hechos 13:18). Más tarde, cuando ya habían entrado en Canaán, los israelitas siguieron las costumbres impías de los pueblos que les rodeaban, tornándose a la idolatría; y aunque entonces Dios les castigó severamente, no los destruyó por completo, sino que, en su angustia, levantó para ellos libertadores. Cuando su iniquidad alcanzó extremos tales que sólo un Dios de paciencia infinita podía tolerarles, Él, con todo, aplazó el castigo durante muchos años antes de permitir que fueran transportados a Babilonia. Finalmente, cuando su rebelión contra Él alcanzó el clímax al crucificar a su Hijo, Dios esperó cuarenta años antes de enviar a los romanos contra ellos, y eso no antes de haberlos juzgado "indignos de la vida eterna" (Hechos 13:46).

¡Qué maravillosa es la paciencia de Dios para con el mundo de hoy día! Por todos lados las gentes pecan audazmente. La ley divina es pisoteada, y Dios mismo es despreciado. Es verdaderamente asombroso que no fulmine al instante a quienes le retan tan descaradamente. ¿Por qué no extermina de golpe al arrogante infiel y al blasfemo vociferante, como hizo con Ananías y Safira? ¿Por qué no hace que la tierra se abra y devore a los perseguidores de su pueblo, de

modo que, como Dathán y Abiram, desciendan vivos al abismo? ¿Y qué de la cristiandad apóstata, donde toda forma posible de pecado se tolera y practica al abrigo del nombre santo de Cristo? ¿Por qué la justa ira del cielo no pone fin a tanta abominación? Sólo es posible una explicación: porque Dios soporta "con mucha mansedumbre los vasos de ira preparados para muerte".

¿Y qué del que esto escribe y del que lo lee? Examinemos nuestra vida. No hace mucho que seguíamos a la multitud haciendo lo malo, y no teníamos interés alguno en Dios ni en su gloria, viviendo sólo para agradarnos a nosotros mismos. ¡Cuán paciente e indulgente fue para con nuestra conducta impía! Y ahora que la gracia nos ha arrebatado como tizones del fuego, nos ha dado un lugar en la familia de Dios y nos ha engendrado para una herencia eterna en gloria, qué miserablemente le correspondemos. ¡Qué superficial es nuestra gratitud, qué lenta nuestra obediencia, qué frecuentes son nuestras reincidencias! Una de las razones por las que Dios permite al creyente permanecer en la carne es para manifestar cuán "paciente es para con nosotros" (II Pedro 3:9). Dado que este atributo Divino se revela solamente en el presente mundo, Dios lo usa para extenderlo a "los suyos".

Ojalá que la meditación de esta excelencia divina ablandara nuestros corazones, enterneciera nuestras conciencias, e hiciera que aprendiésemos en la escuela de la experiencia santa la "paciencia de los santos", es decir, la sumisión a la voluntad de Dios y la perseverancia en el bien hacer. Busquemos fervientemente gracia para imitar esta excelencia divina. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mateo 5:48); en el inmediato

contexto, Cristo nos exhorta a amar a nuestros enemigos, bendecir a los que nos maldicen, y hacer bien a los que nos aborrecen. Dios es paciente con el impío, no obstante la multitud de sus pecados; ¿desearemos nosotros vengarnos por una sola ofensa?

LA GRACIA DE DIOS

Esta perfección del carácter Divino es ejercida sólo para con los elegidos. Ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento se menciona jamás la gracia de Dios en relación con el género humano en general, y mucho menos en relación con otras de sus criaturas. En esto se distingue de la "misericordia", porque ésta es "sobre todas sus obras" (Salmo 145:9). La gracia es la única fuente de la cual mana la buena voluntad, el amor y la salvación de Dios para sus escogidos. Abraham Booth, en su útil libro "El Reino de la Gracia", describe así este atributo del carácter Divino: "Es el favor eterno y totalmente gratuito de Dios, manifestado en la concesión de bendiciones espirituales y eternas a las criaturas culpables e indignas".

La gracia Divina es el favor soberano y salvador de Dios, ejercido en la concesión de bendiciones a los que no tienen mérito propio, y por las cuales no se les exige compensación alguna. Más aún; es el favor que Dios muestra a aquellos que, no sólo no tienen méritos en sí mismos, sino que, además, merecen el mal y el infierno. Es completamente inmerecida, y nada que pueda haber en aquellos a quienes se otorga puede granjearla. La gracia no puede ser comprada, lograda ni ganada por la criatura. Si lo pudiera ser, dejaría de ser *gracia*. Cuando se dice de una cosa que es de "gracia", se quiere decir que el receptor no tiene derecho alguno sobre ella, que no se le adeudaba. Le

llega como simple caridad, y, al principio, no la pidió ni la deseó.

La exposición más completa que existe de la asombrosa gracia de Dios se halla en las epístolas del apóstol Pablo. En sus escritos, la gracia se muestra en directo contraste con las obras y méritos, *todas* las obras y méritos, de cualquier clase o grado que sean. Esto aparece claro y concluyente en Romanos 11:6: "Y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por las obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra". La gracia y las obras no pueden mezclarse, como tampoco pueden un ácido y un álcali. "Por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:8, 9). El favor absoluto de Dios no es compatible con el mérito humano; ello sería tan imposible como mezclar el agua y el aceite: véase también Romanos 4:4,5.

La gracia divina tiene tres características principales. En primer lugar, es *eterna*. Fue ideada antes de ser empleada, propuesta antes de ser impartida: "Que nos salvó y llamó con vocación santa, no conforme a nuestras obras, mas según el intento suyo y gracia, la cual nos es dada en Cristo Jesús *antes* de los tiempos de los siglos" (II Timoteo 1:9). En segundo lugar, es *gratuita*, ya que nadie jamás la adquirió: "Siendo justificados *gratuitamente* por su gracia" (Romanos 3:24). En tercer lugar, es soberana, puesto que Dios la ejerce y la otorga a quien Él quiere: "Para que... la gracia *reine*" (Romanos 5:21). Si la gracia "reina", es que está en el trono, y el que ocupa el trono es soberano. De ahí "el *trono* de la gracia" (Hebreos 4:16).

La gracia, al ser un favor *inmerecido*, ha de ser con-

cedida de una manera *soberana*. Por ello declara el Señor: "Tendré misericordia del que tendré misericordia" (Éxodo 33:19). Si Dios mostrara su gracia para con todos los descendientes de Adán, éstos llegarían en seguida a la conclusión de que Dios estaba obligado a llevarles al cielo como justa compensación por haber permitido que la raza humana cayera en pecado. Pero el gran Dios no está obligado para con ninguna de sus criaturas, y mucho menos hacia las que le son rebeldes.

La vida eterna es una dádiva, y, por lo tanto, no puede conseguirse por las obras, ni reclamarse como un derecho. Si, pues, la salvación es una dádiva, ¿quién tiene derecho alguno para decir a Dios a quién debería concederla? Y no es que el bendito Dador *deniegue* este don a quien lo busca con todo el corazón, y según las reglas que Él ha prescrito. No, Él no rechaza a nadie que vaya con manos vacías y por el camino que ha establecido. Pero si Dios decide ejercer su derecho soberano de escoger de entre un mundo lleno de impenitentes e incrédulos un número limitado para salvación, ¿quién puede sentirse perjudicado? ¿Está *obligado* Dios a dar por la fuerza su dádiva a aquellos que no la aprecian? ¿Está obligado a salvar a los que han resuelto seguir *sus propios caminos*?

Así y todo, nada hay que encolerice más al hombre natural y que más saque a la superficie su enemistad innata e inveterada contra Dios, que el hacerle ver que Su gracia es eterna, gratuita y absolutamente soberana. Para el corazón no quebrantado es demasiado humillante el aceptar que Dios formó su propósito desde la eternidad, sin consultar para nada a la criatura. Para el que se cree recto es demasiado duro el creer que la gracia no puede conseguirse ni ganarse por el propio esfuerzo. Y el hecho de que la gracia se-

para a los que quiere para hacerles objeto de sus favores provoca las protestas acaloradas de los rebeldes orgullosos. El barro se levanta contra el Alfarero y pregunta: "¿Por qué me has hecho tal?" El rebelde desafortado se atreve a disputar la justicia de la soberanía Divina.

La gracia distintiva de Dios se muestra al salvar a los que Él, en su soberanía, ha separado para ser sus predilectos. Por "distintiva" entendemos la gracia que distingue, que hace diferencia, que escoge a algunos y pasa por alto a otros. Fue esta gracia la que sacó a Abraham de entre sus vecinos idólatras, e hizo de él "el amigo de Dios". Fue esta gracia la que salvó a "publicanos y pecadores", y dijo de los fariseos religiosos, "dejadlos" (Mateo 15:14). La gloria de la gracia gratuita y soberana de Dios brilla de manera visible, más que en ninguna otra parte, en la indignidad y diversidad de los que la reciben. James Hervey (1751), lo ilustró maravillosamente al decir:

"Cuando el pecado creció, dice el edicto de la corte celestial, sobrepujo la gracia. *Manasés* fue un monstruo de crueldad porque pasó a su hijo por fuego y llenó Jerusalén de sangre inocente. *Manasés* fue un maestro de iniquidad porque, no sólo multiplicó, y hasta extremos extravagantes, sus impiedades sacrílegas, sino que corrompió los principios y pervirtió las costumbres de sus súbditos, haciéndoles obrar peor que los idólatras paganos más detestables; véase II Crónicas 33. Con todo, por esta gracia superabundante, fue humillado, fue reformado, y vino a ser un hijo perdonado por amor, un heredero de la gloria inmortal.

"Considerad el caso de *Saulo*, el perseguidor cruel y encarnizado que vomita amenazas, dispuesto a hacer

una carnicería, acosando a las ovejas y matando a los discípulos de Jesús. La desolación que había causado y las familias que había arruinado no eran suficientes para calmar su espíritu vengativo. Eran sólo como un sorbo que, lejos de saciar al sabueso, le hacía seguir el rastro más de cerca y suspirar más ardientemente por la destrucción. Estaba sediento de violencia y muerte. Tan ávida e insaciable era su sed que incluso *respiraba* amenazas y muerte (Hechos 9:1). Sus palabras eran como lanzas y flechas, y su lengua como espada afilada. Amenazar a los cristianos era para él tan natural como el respirar. En los propósitos de su corazón rencoroso no había sino deseo de exterminio. Y sólo la falta de más poder impedía que cada sílaba y cada aliento que salía de su boca no esparciera más muerte, y no hiciera caer más discípulos inocentes. ¿Quién, según los principios de justicia humana, no le hubiera declarado vaso de ira preparado para una condenación inevitable? Más aun: ¿quién no hubiera llegado a la conclusión de que, para este enemigo implacable de la verdadera santidad, estaban reservadas forzosamente las cadenas más pesadas y la mazmorra más oscura y angustiosa? Con todo, admirad y adorad los tesoros insondables de la gracia; *este* Saulo fue admitido en la compañía bendita de los profetas, fue contado entre el noble ejército de los mártires, y llegó a ser figura destacada entre la gloriosa comunión de los apóstoles.

”La maldad de los *corintios* era proverbial. Algunos de ellos se revolcaban en el cieno de vicios tan abominables, y estaban acostumbrados a actos de injusticia tan violentos, que eran reprochables incluso para la naturaleza humana. Con todo, aun estos hijos de vio-

lencia, estos esclavos de la sensualidad, fueron lavados, santificados y justificados (I Corintios 6:9-11). 'Lavados' en la preciosa sangre del Redentor; 'santificados' por la operación poderosa del Espíritu bendito; 'justificados' por las misericordias infinitas y tiernas del buen Dios. Los que en otro tiempo eran la aflicción de la tierra, fueron hechos la gloria del cielo, la delicia de los ángeles."

La gracia de Dios se manifiesta en el Señor Jesucristo, por Él y a través de Él. "Porque la ley por Moisés fue dada; mas la gracia y la verdad por Jesucristo fue hecha" (Juan 1:17). Ello no quiere decir que Dios no hubiera obrado gracia para con nadie antes de que su Hijo se encarnara; Génesis 6:8, Éxodo 33:19, etc., muestran claramente lo contrario. Pero la gracia y la verdad fueron reveladas plenamente y declaradas perfectamente cuando el Redentor vino a esta tierra, y murió por los suyos en la cruz. La gracia de Dios mana para sus elegidos sólo a través de Cristo el Mediador. "Mucho más abundó la gracia de Dios a los muchos, y el don por la gracia de un hombre, Jesucristo... mucho más reinarán en vida por Jesucristo los que reciben la abundancia de la gracia, y del don de la justicia... la gracia reine por la justicia para vida eterna por Jesucristo Señor nuestro" (Romanos 5:15, 17,21).

La gracia de Dios es *proclamada* en el Evangelio (Hechos 20:24), que es "piedra de tropiezo" para el judío que se cree justo, y "locura" para el griego vano y filósofo. ¿Cuál es la razón? La de que en el Evangelio no hay nada en absoluto que halague el orgullo del hombre. Anuncia que no podemos ser salvos si no es por gracia. Declara que, fuera de Cristo, don ine-

fable de la gracia de Dios, la situación de todo hombre es terrible, irremediable, sin esperanza. El Evangelio habla a los hombres como a criminales culpables, condenados y muertos. Declara que el más honesto de los moralistas está en la misma terrible condición que el más voluptuoso libertino; que el religioso más vehemente, con todas sus obras, no está en mejor situación que el infiel más profano.

El Evangelio considera a todo descendiente de Adán como pecador caído, contaminado, merecedor del infierno y desamparado. La gracia que anuncia es su única esperanza. Todos aparecen delante de Dios convictos de transgresión de su santa ley, y, por lo tanto, como criminales culpables y condenados; no esperando a que se dicte la sentencia, sino aguardando la ejecución de la sentencia dictada ya contra ellos (Juan 3:18; Romanos 3:19). Quejarse de la parcialidad de la gracia es suicida. Si el pecador persiste en valerse de su propia justicia, su porción eterna será en el lago de fuego. Su única esperanza consiste en inclinarse a la sentencia que la justicia divina ha dictado contra él, reconocer la absoluta rectitud de la misma, abandonarse a la misericordia de Dios, y presentar las manos vacías para asirse de la gracia de Dios que el Evangelio le presenta.

La tercera Persona de la divinidad es el *Comunicador* de la gracia, por lo cual se le denomina el "Espíritu de gracia" (Zacarías 12:10). Dios Padre es la fuente de toda gracia, porque designó el pacto eterno de redención. Dios Hijo es el único canal de la gracia. El Evangelio es el promulgador de la gracia. El Espíritu es el dador o aplicador. Él es quien aplica el Evangelio con poder salvador al alma: vivificando a los elegidos cuando todavía están muertos, conquistando

sus voluntades rebeldes, ablandando sus corazones duros, abriendo sus ojos ennegados, limpiándoles de la lepra del pecado. De ahí que podamos decir, como G. S. Bishop: "La gracia es la provisión para hombres que están tan caídos que no pueden levantar el hacha de justicia, tan corrompidos que no pueden cambiar sus propias naturalezas, tan opuestos a Dios que no pueden volverse a Él, tan ciegos que no le pueden ver, tan sordos que no le pueden oír, tan muertos que Él mismo ha de abrir sus tumbas y levantarlos a la resurrección".

LA MISERICORDIA DE DIOS

“Alabad a Jehová, porque es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Salmo 136:1). Dios merece ser muy alabado por esta perfección de su divino carácter. El salmista exhorta a los santos, tres veces en otros tantos versículos, a dar gracias a Dios por este adorable atributo. Y, en verdad, esto es lo menos que puede pedirse a los que se han beneficiado tan liberalmente del mismo. Cuando consideramos las características de esta excelencia divina, no podemos dejar de bendecir a Dios. Su misericordia es “grande” (I Reyes 3:6), “mucha” (Salmo 119:156), “desde el siglo y hasta el siglo sobre los que le temen” (Salmo 103:17). Bien podemos decir con el salmista: “Loaré de mañana tu misericordia” (59:16).

“Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (Éxodo 33:19). ¿En qué se diferencian la “misericordia” y la “gracia” de Dios. La misericordia nace de la bondad de Dios. La primera consecuencia de la bondad de Dios es su benignidad o merced, por la cual da liberalmente a sus criaturas como tales; por eso ha dado el ser y la vida a todas las cosas. La segunda consecuencia de la bondad de Dios es su misericordia, la cual denota la pronta inclinación de Dios a aliviar la miseria de las cria-

turas caídas. Así, pues, la "misericordia" presupone la existencia del *pecado*.

Aunque pueda no ser fácil a primera vista percibir una diferencia real entre la gracia y la misericordia de Dios, nos ayudará a ello el estudio detenido de su proceder con los ángeles. Él nunca ha ejercido misericordia en éstos, porque nunca han tenido necesidad de ella al no haber pecado ni caído bajo los efectos de la maldición. Aún así, son objeto de la gracia soberana y gratuita de Dios. En primer lugar porque los *escogió* de entre la entera raza angélica (I Timoteo 5:21). En segundo lugar, y a consecuencia de su elección, porque Dios los *preservó* de la apostasía cuando Satanás se rebeló y se llevó consigo una tercera parte de la hueste celestial (Apocalipsis 12:4). En tercer lugar, al hacer de Cristo su *Cabeza* (Colosenses 2:10; I Pedro 3:22), por lo que están asegurados eternamente en la condición santa en la que fueron creados. En cuarto lugar, debido a la elevada *posición* que les ha sido asignada: vivir en la presencia inmediata de Dios (Daniel 7:10), servirle constantemente en el templo celestial, y recibir cometidos honorables de Él (Hebreos 1:14). Esto representa *gracia* abundante hacia ellos, pero no "misericordia".

Al tratar de estudiar la misericordia de Dios según se nos presenta en las Escrituras, necesitamos hacer una distinción triple para "trazar bien la palabra de verdad". Primeramente, hay una misericordia de Dios *general*, que se extiende, no sólo a todos los hombres, creyentes y no creyentes, sino también a la creación entera: "Sus misericordias sobre todas sus obras" (Salmo 145:9); "Él da a todos vida, y respiración, y todas las cosas" (Hechos 17:25). Dios tiene compasión de

la creación irracional en sus necesidades y las suple con la provisión apropiada. Segundo, hay una misericordia *especial* que Dios ejerce en los hijos de los hombres, ayudándoles y socorriéndoles a pesar de sus pecados. A éstos, también, Dios da lo que necesitan: "Hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos" (Mateo 5:45). Tercero, hay una misericordia *soberana* que está reservada para los herederos de salvación, y que les es comunicada por el camino del pacto, a través del Mediador.

Si nos fijamos un poco más en la diferencia entre las distinciones segunda y tercera que hemos mencionado, notaremos que las misericordias que Dios otorga a los impíos son de naturaleza puramente *temporal*; es decir, se limitan estrictamente a la vida presente. La misericordia no se extenderá, para ellos, más allá de la tumba: "Aquél no es pueblo de entendimiento; por tanto su Hacedor no tendrá de él misericordia, ni se compadecerá de él El que lo formó" (Isaías 27:11). Pero, en este punto, puede presentarse una dificultad a algunos de los lectores, a saber: ¿No dice la Escritura que "para siempre es su misericordia" (Salmo 136:1)? Hay dos cosas a tener en cuenta con referencia a esto. Dios no puede dejar jamás de ser misericordioso porque ésta es una cualidad de la esencia divina (Salmo 116:5); pero el *ejercicio* de su misericordia es regulado por su voluntad soberana. Esto ha de ser así, porque no hay nada ajeno a sí mismo que le obligue a actuar de una forma u otra; si hubiese algo, ese "algo" sería *supremo*, y Dios dejaría de ser Dios.

Es sólo la gracia soberana la que determina el ejercicio de la misericordia Divina. Dios lo afirma categóricamente en Romanos 9:15: "Mas a Moisés dice: Ten-

dré misericordia del que tendré misericordia". No es la desdicha de la criatura la causa de la misericordia de Dios, ya que nada ajeno a sí mismo puede influir en Él. Si Dios fuese influido por la abyecta miseria de los pecadores leprosos, los limpiaría y salvaría a todos. Pero no lo hace así. ¿Por qué? Simplemente, porque no es su gusto y propósito el hacerlo. Menos aún pueden ser los méritos de la criatura los que hagan que Él conceda sus misericordias sobre ella, porque el hablar de "misericordias" *merecidas* sería una contradicción. "No por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por su misericordia nos salvó" (Tito 3:5); una en directa antítesis a la otra. Ni son tampoco los méritos de Cristo los que mueven a Dios a otorgar sus misericordias sobre los elegidos: eso sería poner el efecto en lugar de la causa. Es "a través" o a causa de la tierna misericordia de Dios, que Cristo fue enviado a su pueblo (Lucas 1:78). Los méritos de Cristo hicieron posible que Dios, justamente, concediera misericordias espirituales a sus escogidos, al haber sido satisfecha plenamente la justicia por el Fiador. No, la misericordia proviene solamente de la propia voluntad soberana de Dios.

Por otra parte, aunque sea verdad, bendita y gloriosa verdad, que la misericordia de Dios "permanece para siempre", debemos observar detenidamente *a quienes* es mostrada su misericordia. Aun el arrojar a los reprobados al lago de fuego es un acto de *misericordia*. Debemos considerar el castigo de los impíos desde tres puntos de vista. Desde el punto de vista de Dios, es un acto de *justicia*, que vindica su honor. La misericordia de Dios nunca se muestra en perjuicio de su santidad y justicia. Para los impíos, es un acto

de *equidad* al hacerles sufrir el castigo debido a sus iniquidades. Pero, desde el punto de vista de los redimidos, el castigo de los impíos es un acto de *misericordia* indecible. ¡Qué terrible sería si el presente estado de cosas continuara para siempre; si los hijos de Dios tuvieran que vivir rodeados de los hijos del diablo! Si los oídos de los santos tuvieran que escuchar el lenguaje sucio y blasfemo de los reprobados, el cielo dejaría de ser cielo al momento. ¡Qué misericordia muestra el hecho de que en la Nueva Jerusalén no entrará “ninguna cosa sucia, o que hace abominación y mentira” (Apocalipsis 21:27)!

Para que el lector no piense que en el último párrafo hemos dejado volar nuestra imaginación, apelemos a las Sagradas Escrituras como prueba de lo que hemos dicho. En el Salmo 143:12 encontramos a David orando así: “Y por tu *misericordia* disiparás mis enemigos, y destruirás todos los adversarios de mi alma: porque yo soy tu siervo.” Y también en el salmo 136:15 leemos que Dios “arrojó a Faraón y a su ejército en el mar Bermejo, porque para siempre es su misericordia.” Fue un acto de venganza sobre Faraón y los suyos, pero, para los Israelitas, fue un acto de “misericordia”. Y otra vez, en Apocalipsis 19:1-3, leemos: “Oí una gran voz de gran compañía en el cielo, que decía: Aleluya; Salvación y honra y gloria y potencia al Señor Dios nuestro. Porque sus juicios son verdaderos y justos; porque Él ha juzgado a la grande ramera, que ha corrompido la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Y otra vez dijeron: Aleluya. Y su humo subió para siempre jamás.”

Por lo que acabamos de ver, notemos qué vana es

la esperanza presuntuosa de los impíos, quienes, a pesar de su constante desafío a Dios, cuentan con que Él será misericordioso. Cuántos de éstos hay que dicen: "No creo que Dios me eche jamás al infierno; es demasiado misericordioso". Tal esperanza es como una víbora que, si anida en el pecho, les causará la muerte. Dios es un Dios de justicia tanto como de misericordia, que ha declarado de forma categórica que "de ningún modo justificará al malvado" (Éxodo 34:7). Sí, Él ha dicho que "los malos serán trasladados al infierno, todas las gentes que se olvidan de Dios" (Salmo 9:17). No importa que los hombres digan: "No creo, aun si se deja acumular la suciedad y estancar las aguas residuales de modo que nos privemos a nosotros mismos de aire puro, que un Dios misericordioso deje que caigamos presas de una fiebre mortal". Lo cierto es que los que descuidan las reglas de la higiene serán víctimas de la enfermedad a pesar de la misericordia de Dios. Es igualmente cierto que los que descuidan las leyes de la salud espiritual sufrirán para siempre la segunda muerte.

Es muy grave ver cuántos hay que *abusan* de esta perfección divina. Continúan despreciando la autoridad de Dios, pisoteando sus leyes, viviendo en pecado, y, así y todo, se precian de Su misericordia. Empero Dios no será injusto para consigo mismo. Él muestra misericordia para el penitente sincero, pero no para el impenitente (Lucas 13:3). Es diabólico seguir en pecado, y, aun así, contar con que la misericordia Divina condona el castigo. Es como decir: "Hagamos males para que vengan bienes"; de los que así hablan, está escrito: "La condenación de los cuales es justa" (Romanos 3:8). Tal presunción será frustrada; leed

cuidadosamente Deuteronomio 29:18-20. Cristo es el propiciador espiritual, y todos los que desprecian y rechazan su autoridad perecerán "en el camino, cuando se enciende un poco su furor" (Salmo 2:12).

Sea nuestro último pensamiento el de las misericordias espirituales de Dios para su propio pueblo. "Grande es hasta los cielos tu misericordia" (Salmo 57:10). Las riquezas de la misma trascienden nuestros pensamientos más sublimes. "Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen" (Salmo 103:11). Nadie puede medirla. Los elegidos son llamados "vasos de misericordia" (Romanos 9:23). Fue la misericordia la que los vivificó cuando estaban muertos en pecado (Efesios 2:4,5). La misericordia los salvó (Tito 3:5). Su grande misericordia los regeneró para una herencia eterna (I Pedro 1:3). Y, por último, el tiempo nos faltaría para hablar de la misericordia que conserva, sostiene, perdona y provee. Para los suyos, Dios es el "Padre de misericordias" (II Corintios 1:3).

*Dios mío, cuando pienso en las mercedes
Que tu bondad sin par me prodigó,
Mi espíritu se enciende en alabanzas,
En gratitud y amor.*

EL AMOR DE DIOS

En las Sagradas Escrituras se nos dicen tres cosas acerca de la *naturaleza* de Dios. Primero, que “Dios es Espíritu” (Juan 4:24). En el griego no hay artículo indeterminado, por lo que decir “Dios es *un* espíritu” sería en extremo censurable, puesto que le igualaría a otros seres. Dios es “espíritu” en el sentido más elevado. Por ser “espíritu” no tiene sustancia visible, es incorpóreo. Si Dios tuviera un cuerpo tangible, no sería omnipresente, y estaría limitado a un lugar; al ser “espíritu” llena los cielos y la tierra. Segundo, que “Dios es luz” (I Juan 1:5), lo cual es lo opuesto a las tinieblas. Las tinieblas, en las Escrituras, representan el pecado, el mal, la muerte; la “luz” representa la santidad, la bondad, la vida. Que “Dios es luz” significa que es la *suma* de todas las excelencias. Tercero, que “Dios es amor” (I Juan 4:8). No es simplemente que Dios “ama”, sino que *es* el Amor mismo. El amor no es meramente uno de sus atributos, es su misma naturaleza.

Muchos hoy en día hablan del amor de Dios, pero son ajenos por completo al Dios de amor. El amor divino es considerado comúnmente como una especie de debilidad afectuosa, una cierta indulgencia cariñosa; es reducido a un mero sentimiento enfermizo, copiado de las emociones humanas. Empero la verdad es que en esto, como en todo lo demás, nuestras ideas han de ser reguladas de acuerdo con lo que las Sagradas

Escrituras nos revelan. Esta es una urgente necesidad que se hace evidente, no sólo por la ignorancia general que prevalece, sino también por el estado tan bajo de espiritualidad que, triste es decirlo, es característica general de los que profesan ser cristianos. ¡Qué poco amor genuino hay hacia Dios! Una de las razones principales es que nuestros corazones se ocupan muy poco de su maravilloso amor hacia los suyos. Cuanto mejor conozcamos su amor —su carácter, plenitud, bienaventuranza— más fuerte será el impulso de nuestros corazones en amor hacia Él.

1. El amor de Dios es *intrínseco*. Queremos decir que no hay nada en los objetos de su amor que pueda provocarlo, ni nada en la criatura que pueda atraerlo o impulsarlo. El amor que una criatura siente por otra es producido por algo que hay en ésta; pero el amor de Dios es gratuito, espontáneo, inmotivado. La única razón de que Dios ame a alguien reside en su voluntad soberana: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová, y os ha escogido; porque vosotros erais los más pocos de todos los pueblos; sino *porque* Jehová os amó” (Deuteronomio 7:7,8). Dios ha amado a los suyos desde la eternidad, y, por lo tanto, nada que sea de la criatura puede ser la causa de lo que se halla en Dios desde la eternidad. Él ama por sí mismo “según el intento suyo” (II Timoteo 1:9).

“Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero” (I Juan 4:19). Dios no nos amó porque nosotros le amábamos, sino que nos amó antes de que tuviésemos una sola partícula de amor hacia Él. Si Dios nos hubiera amado correspondiendo a nuestro amor, no hubiera sido espontáneo; pero, porque nos amó cuando no había amor en nosotros, es evidente que nada

influyó en su amor. Si Dios ha de ser venerado, y el corazón de sus hijos corroborado, es importante que tengamos ideas claras acerca de esta verdad preciosa. El amor de Dios hacia cada uno de "los suyos" no fue movido en absoluto por nada que hubiera en ellos. ¿Qué había en mí que atrajera al corazón de Dios? Nada absolutamente. Al contrario, todo lo que le repele, todo lo que le haría aborrecerme —pecado, depravación, corrupción— estaba en mi corazón; en mí no había *ninguna* cosa buena.

*"Qué había en mí que mereciera estima,
O que diera placer al Creador?
Fue por esto, Padre, canta mi alma:
Porque así a tus ojos agradó."*

2. Es eterno. Necesariamente ha de ser así. Dios mismo es eterno, y Dios es amor; por tanto, como Él no tuvo principio, tampoco su amor lo tiene. Es cierto que este concepto trasciende del alcance de nuestra mente débil; sin embargo, cuando no podemos comprender, podemos adorar. ¡Qué claro es el testimonio de Jeremías 31:3: "Con amor eterno te he amado; por tanto te soporté con misericordia"! ¡Qué bendito conocimiento el saber que el Dios grande y santo amó a sus hijos antes de que el cielo y la tierra fuesen creados, y que había puesto su corazón en ellos desde la eternidad! Esto es prueba clara de que su amor es espontáneo, porque Él les amó innumerables siglos antes de que tuviesen el ser.

La misma preciosa verdad queda expuesta en Efesios 1:4,5: "Según nos escogió en él *antes* de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él *en amor*; habiéndonos predestina-

do". ¡Qué de alabanzas debería producir esto en cada uno de sus hijos! ¡Qué sosiego para el corazón el pensar que si el amor de Dios no tuvo principio tampoco puede tener fin! Si es verdad que "desde el siglo y hasta el siglo" Él es Dios y es "amor", entonces es igualmente verdad que ama a su pueblo "desde el siglo y hasta el siglo".

3. Es *soberano*. Esto, también, es evidente en sí mismo. Dios es soberano, no está obligado para con nadie; Dios es su propia ley, actúa siempre de acuerdo con su propia voluntad real. Así, pues, si Dios es soberano, y es amor, se desprende necesariamente que su amor es soberano. Porque Dios es Dios, obra como gusta; porque es amor, ama a quien quiere. Tal es su propia explícita afirmación: "A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí" (Romanos 9:13). No había más objeto de amor en Jacob que en Esaú. Ambos habían tenido los mismos padres, habían nacido al mismo tiempo, puesto que eran gemelos; con todo, ¡Dios amó al uno y aborreció al otro! ¿Por qué? Porque le agradó hacerlo así.

La soberanía del amor de Dios se desprende necesariamente del hecho de que no es influido por nada que haya en la criatura. De ahí que el afirmar que la causa de su amor reside en Él mismo es sólo otra manera de decir que ama a quien quiere. Supongamos, por un momento, lo contrario. Supongamos que el amor de Dios fuera regulado por algo externo a su voluntad. En tal caso su amor se regiría por unas reglas, y, siendo así, Él estaría bajo una regla de amor, de manera que, lejos de ser libre, sería *gobernado por una ley*. "En amor; habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo a sí mismo, según" —¿qué?

¿Algún mérito que vio en nosotros? No; sino, “según el puro afecto de su voluntad” (Efesios 1:4,5).

4. Es *infinito*. Todo lo referente a Dios es infinito. Su *substancia* llena los cielos y la tierra. Su *sabiduría* es ilimitada, porque Él conoce todo el pasado, el presente y el futuro. Su *poder* es inmenso, porque no hay nada demasiado difícil para Él. Asimismo, su amor no tiene límite. Tiene una profundidad que nadie puede sondear; una altura que nadie puede escalar; una longitud y una anchura que están más allá de toda medida humana. Esto se nos indica hermosamente en Efesios 2:4: “Empero Dios, que es rico en misericordia, por su *mucho amor* con que nos amó”; la palabra “mucho” aquí es sinónima de “*de tal manera* amó Dios” en Juan 3:16. Nos habla de un amor tan sobresaliente que no puede ser calculado.

“Ninguna lengua puede expresar fielmente la infinitud del amor de Dios, ni ninguna mente comprenderla: ‘excede a todo conocimiento’ (Efesios 3:19). Las más vastas ideas que la mente finita puede formarse del amor Divino están muy por debajo de su *verdadera* naturaleza. El cielo no está tan por encima de la tierra como la bondad de Dios lo está de los conceptos más elevados que seamos capaces de formarnos. Es un *océano* que sube por encima de las montañas de oposición que hay en aquellos que son sus objetos. Es una *fuentes* de la que fluye todo el bien necesario para los que tienen interés en él” (John Brine, 1743).

5. Es *inmutable*. Del mismo modo que en Dios “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17), tampoco su amor conoce cambio o disminución. El despreciable Jacob ofrece un ejemplo poderoso

so de esta verdad: "A Jacob amé", declaró Jehová, y, a pesar de toda su incredulidad y desobediencia, Él nunca dejó de amarle. En Juan 13:1 se nos da otra hermosa ilustración. Aquella misma noche, uno de los apóstoles diría: "Muéstranos al Padre"; otro le negaría con juramentos; todos iban a ser escandalizados y le abandonarían. Así y todo, "como había amado a los suyos que estaban en el mundo, amólos *hasta el fin*". El amor divino no está sujeto a vicisitudes de ninguna clase. El amor divino "fuerte es como la muerte... las muchas aguas no podrán apagarlo" (Cantares 8:6,7). Nada puede apartarnos del mismo (Romanos 8:35-39).

*"No conoce su amor fin ni medida,
Ni cambio que mude su carrera;
Fluye del eterno manantial
El mismo desde el alba eterna."*

6. Es *santo*. El amor de Dios no lo regula el capricho, ni la pasión, ni el sentimiento, sino un principio. Del mismo modo que su gracia no reina a expensas de la misma, sino "por la justicia" (Romanos 5:21), así su amor nunca choca con su santidad. "Dios es luz" (I Juan 1:5) se encuentra *antes* que "Dios es amor" (I Juan 4:8). El amor de Dios no es una mera debilidad afectuosa, ni una especie de muelle ternura. La Escritura declara que "el Señor al que ama castiga, y azota a cualquiera que recibe por hijo" (Hebreos 12:6). Dios no cerrará los ojos al pecado, ni siquiera al de sus hijos. Su amor es *puro*, sin mezcla de sentimentalismo sensiblero.

7. Es *benigno*. El amor y el favor de Dios son inseparables. Esto se pone de relieve en Romanos 8:32-

39). Por la idea y alcance del contexto se percibe claramente qué es este amor, del cual no puede haber "separación": es la buena voluntad y la gracia de Dios que le determinaron a dar a su Hijo por los pecadores. Ese *amor* fue el poder impulsor de la encarnación de Cristo: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito" (Juan 3:16). Cristo no murió para hacer que Dios nos amara, sino porque amaba a su pueblo. El Calvario es la demostración suprema del amor Divino. Lector cristiano, siempre que seas tentado a dudar del amor de Dios, recuerda el Calvario.

He aquí, pues, abundante motivo para confiar en Dios, y para soportar con paciencia la aflicción que envía. Cristo era el amado del Padre, y aun así no estuvo exento de pobreza, afrenta y persecución. Sufrió hambre y sed. De ahí que, al permitir que los hombres le escupieran y le hirieran, el *amor* de Dios hacia Cristo *no* sufrió menoscabo. Así pues, que ningún cristiano dude del amor de Dios al ser sometido a pruebas y aflicciones dolorosas. Dios no enriqueció a Cristo con prosperidad temporal en este mundo, ya que "no tenía donde recostar su cabeza". Pero *sí* le dio el Espíritu sin medida. Siendo así, aprende que las bendiciones *espirituales* son los dones principales del amor Divino. ¡Qué bendición es el saber que, aunque el mundo nos odie, Dios nos ama!

LA IRA DE DIOS

Es triste ver a tantos cristianos que parecen considerar la ira de Dios como algo que necesita excusas y justificación, o que, cuando menos, celebrarían que no existiese. Hay algunos que, aunque no irían tan lejos como para admitir abiertamente que la consideran un baldón en el carácter Divino, están lejos de mirarla con deleite, no les agrada pensar en ella, y rara vez la oyen mencionar sin que se levante un resentimiento secreto hacia ella en sus corazones. Incluso entre los de juicios más moderados, no son pocos los que imaginan que la severidad de la ira divina es demasiado aterradora para constituir un tema provechoso de meditación. Otros albergan el engaño de que la ira de Dios no es compatible con su bondad, y por esto tratan de desterrarla del pensamiento.

Sí, muchos son los que huyen de la visión de la ira de Dios como si se les obligara a mirar una mancha del divino carácter, o una falta de la autoridad divina. Pero, ¿qué dicen las Escrituras? Al leerlas, nos damos cuenta de que Dios no ha tratado de ocultar la realidad de su ira. Él no se avergüenza de proclamar que la venganza y el furor le pertenecen. Su propia demanda es: "Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo; yo hago morir, y yo hago vivir; yo hiero, y yo curo; y no hay quien pueda librar de mi mano. Cuando yo alzaré a los cielos mi mano, y diré: Vivo yo para siempre, si afilare mi reluciente espada,

y mi mano arrebatare el juicio, yo volveré la venganza a mis enemigos, y daré el pago a los que me aborrecen" (Deuteronomio 32:39-41). Una mirada a la concordancia nos revelará que, en las Escrituras, hay *más* referencias al enojo, el furor y la ira de Dios que a su amor y benevolencia. Él odia todo pecado, porque es santo; y porque lo odia, su furor se enciende contra el pecador (Salmo 7:11).

La ira de Dios constituye una perfección divina tan importante como su fidelidad, poder o misericordia. *Ha de ser así*, por cuanto en el carácter de Dios no hay defecto alguno, ni la más leve tacha; ¡empero la habría si careciera de "ira"! La indiferencia al pecado es una falta moral, y el que no lo odia es un leproso moral. ¿Cómo podría Él, que es la suma de todas las excelencias, mirar con igual satisfacción la virtud y el vicio, la sabiduría y la locura? ¿Cómo podría Él, que es infinitamente santo, desestimar el pecado y renunciar a manifestar su "ira" (Romanos 9:22) hacia el mismo? ¿Cómo podría Él, que se deleita sólo en lo que es puro y amable, dejar de despreciar y odiar lo que es impuro y vil? La naturaleza misma de Dios hace del infierno una necesidad tan real, un requisito tan imperativo y eterno, como lo es el cielo. No solamente no hay en Dios imperfección alguna, sino que no hay perfección que sea menos "perfecta" que otra.

La ira de Dios es su eterno aborrecimiento de toda injusticia. Es el desagrado e indignación de la rectitud divina ante el mal. Es la santidad de Dios puesta en acción contra el pecado. Es la causa motriz de la

sentencia justa que pronuncia contra los que obran el mal. Dios se enoja contra el pecado porque es una rebelión contra su autoridad, un ultraje cometido contra su soberanía inviolable. Los que se sublevan contra el gobierno de Dios aprenderán que Dios *es* el Señor. Se les hará conocer la grandeza de la Majestad que ellos desprecian, y lo terrible que es esa ira que se les anunció y que ellos desestimaron. No es que la ira de Dios sea una venganza maligna, que hiera por herir, o un medio para devolver una injuria recibida. No; Dios vindicará su dominio como Gobernador del universo, pero nunca será vengativo.

Que la ira divina es una de las *perfecciones* de Dios es evidente, no sólo por las consideraciones presentadas hasta el momento, sino, lo que es más importante, porque así lo establecen las afirmaciones categóricas de su propia Palabra. "Porque manifiesta es la ira de Dios del cielo" (Romanos 1:8). "Se manifestó cuando fue pronunciada la primera sentencia de muerte, cuando la tierra fue maldita y el hombre echado del paraíso terrenal; y después, por castigos ejemplares tales como el Diluvio y la destrucción de las ciudades de la llanura con fuego del cielo, y especialmente, por el reinado de la muerte en todo el mundo. Se manifestó, también, en la maldición de la ley para cada transgresión, y fue dada a entender en la institución del sacrificio. En el capítulo 8 de Romanos, el apóstol llama la atención de los cristianos al hecho de que la creación entera está sujeta a vanidad, y gime y está de parto. La misma creación que declara que hay un Dios, y publica su gloria, proclama también que es el Enemigo del pecado y el Vengador de los crímenes de los hombres. Pero, sobre todo, la ira de Dios fue revelada desde el cielo cuando su Hijo vino para mani-

festar el carácter Divino, y cuando esa ira fue presentada en sus sufrimientos y muerte de un modo más tremendo que en todas las señales que había dado anteriormente de su enojo por el pecado. Además, el castigo futuro y eterno de los impíos se declara ahora en unos términos más solemnes y explícitos que nunca. Bajo la nueva dispensación, hay dos revelaciones celestiales; una es de ira, la otra de gracia" (Robert Haldane).

Por otra parte, que la ira de Dios es una perfección divina queda demostrado claramente en lo que dice el Salmo 95:11: "Por tanto juré en mi furor". Hay dos motivos por los que Dios "jura": al hacer una promesa (Génesis 22:16), y al anunciar un castigo (Deuteronomio 1:34). En el primer caso, Dios juró en favor de sus hijos; en el segundo, para atemorizar a los impíos. Un juramento es una confirmación solemne (Hebreos 6:16). En Génesis 22:16, Dios dijo: "Por *mi mismo* he jurado". En el Salmo 89:35, declaró: "Una vez he jurado por *mi santidad*". Mientras que, en el Salmo 95:11, afirmó: "Juré en *mi furor*". Así, pues, el gran Jehová apela a su furor, o ira, como una perfección igual a su santidad; ¡Él jura tanto por la una como por la otra! Pero aún hay más: como que en Cristo "habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Colosenses 2:9), y ya que en Él lucen gloriosamente todas las perfecciones divinas (Juan 1:18), es por ello que leemos de "la *ira* del Cordero" (Apocalipsis 6:16).

La ira de Dios es una perfección del carácter divino sobre la que necesitamos meditar con frecuencia. En primer lugar, para que nuestros corazones sean debidamente inculcados del odio que Dios siente hacia

el pecado. Siempre nos inclinamos a considerar frívolamente el pecado, a excusarlo, y a paliar su fealdad. Pero cuanto más estudiemos y meditemos la aversión de Dios hacia el mismo, y su terrible venganza sobre él, más fácil será que nos demos cuenta de su enormidad. En segundo lugar, para engendrar en nuestros corazones un temor verdadero a Dios. "Retengamos la gracia por la cual sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor" (Hebreos 12:28,29). No podemos servirle "agradándole" a menos que tengamos "reverencia" a su Majestad sublime, y "temor" a su justo furor; y la mejor manera de producirlo en nosotros es recordando a menudo que "nuestro Dios es fuego consumidor". En tercer lugar, para elevar nuestras almas en ferviente alabanza por habernos librado "de la ira que ha de venir" (I Tesalonicenses 1:10).

Nuestra prontitud o nuestra desgana en *meditar* sobre la ira de Dios es un medio eficaz para ver cuál es nuestra verdadera posición delante de Él. Si no nos gozamos verdaderamente en Dios por lo que es en sí mismo y por todas las perfecciones que habitan eternamente en Él, ¿cómo puede, pues, morar en nosotros *el amor de Dios*? Cada uno de nosotros necesita orar y estar en guardia para no hacerse una imagen de Dios según sus propias ideas e inclinaciones malas. El Señor, en la antigüedad, se quejó de que "pensabas que de cierto sería yo *como tú*" (Salmo 50:21). Si no alabamos "la memoria de su *santidad*" (Salmo 97:12), si no nos regocijamos al saber que, en un cercano día, Dios desplegará gloriosamente su *ira* al vengarse de todos los que ahora se oponen a Él, eso es una prueba positiva de que todavía estamos en nuestros pecados, en el camino que conduce al fuego eterno.

“Alabad, gentes (gentiles), a su pueblo, porque Él vengará la sangre de sus siervos, y volverá la venganza a sus enemigos” (Deuteronomio 32:43). Y, de nuevo: “Oí una gran voz de gran compañía en el cielo, que decía: Aleluya; salvación y honra y gloria y potencia al Señor Dios nuestro. Porque sus juicios son verdaderos y justos; porque Él ha juzgado a la grande ramera, que ha corrompido la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Y otra vez dijeron: Aleluya” (Apocalipsis 19:1-3). Grande será el gozo de los santos en aquel día cuando el Señor vindicará su majestad, ejercerá su poderoso dominio, magnificará su justicia, y derrotará a los rebeldes orgullosos que se han atrevido a desafiarle.

“Si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?” (Salmo 130:3). Haremos bien en hacernos esta pregunta, porque está escrito que “no se levantarán los malos en el juicio” (Salmo 1:5). ¡Qué agitada y angustiada estaba el alma de Cristo bajo el peso de las iniquidades de los suyos que Dios le imputaba al morir! Su agonía cruel, su sudor de sangre, su gran clamor y súplica (Hebreos 5:7), su reiterado ruego “si es posible, pase de mí este vaso”, su último grito aterrador “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, todo ello muestra qué terrible era el temor que sentía por lo que significa el que Dios “mire a los pecados”. ¡Bien pueden clamar los pobres pecadores: “Señor, ¿quién podrá mantenerse?”, cuando el mismo Hijo de Dios tembló así bajo el peso de su ira! Querido lector, si tú no has “trabado de la esperanza” que es en Cristo, el único Salvador, “¿cómo harás en la hinchazón del Jordán?” (Jeremías 12:5).

“Cuando considero cómo la mayor parte del género humano profana la bondad de Dios, no puedo sino asentir con el que dijo: ‘El milagro más grande del mundo es la paciencia y la generosidad de Dios para con una raza ingrata’. Si un príncipe descubriera a cierto enemigo suyo escondido en una ciudad, no le enviaría provisiones, sino que le pondría cerco y procuraría hacerle morir de hambre. Pero el gran Dios, pudiendo destruir a todos sus enemigos con una palabra de su boca, es indulgente con ellos y provee sus necesidades. No es extraño que Él, que hace bien a los ingratos y malvados, nos mande bendecir a los que nos maldicen. Pero no penséis, pecadores, que escaparéis; el molino de Dios va despacio, pero muele muy fino; cuando más admirable sea ahora su paciencia y merced, más terrible e insostenible será el furor que su bondad profanada originará. No hay nada tan suave como el mar, empero, cuando es sacudido por la tempestad, nada puede bramar tan violentamente. No hay nada tan dulce como la paciencia y la bondad de Dios, ni nada tan terrible como su ira cuando se enciende” (William Gurnall, 1660). Así, pues, lector querido, “huye” hacia Cristo; “huye de la ira que vendrá” (Mateo 3:7) antes que sea demasiado tarde. Te rogamos que no pienses que este mensaje va dirigido a alguna otra persona. ¡Va dirigido *a ti!* No te contentes con *pensar* que *ya* te has acogido a Cristo. ¡*Asegúrate* de ello! Píde al Señor que escudriñe tu corazón y te lo revele.

* * *

Unas palabras a los predicadores. Hermanos, en nuestro ministerio de la Palabra, ¿predicamos sobre

este tema solemne tanto como debiéramos? Los profetas del Antiguo Testamento decían frecuentemente a sus oyentes que sus vidas impías provocaban al Santo de Israel, y que estaban atesorando para sí mismo ira para el día de la ira. La condición del mundo actual no es mejor que la del pasado. No hay nada tan eficaz para despertar a los indiferentes y para hacer que los creyentes nominales y carnales escudriñen sus corazones, como el dar a conocer el hecho de que “Dios está airado todos los días contra el impío” (Salmo 7:11). El precursor de Cristo amonestó a sus oyentes a “huir de la ira que vendrá” (Mateo 3:7). El Salvador mandó a los que le escuchaban: “Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en la Gehenna; así os digo: a éste temed” (Lucas 12:5). Y el apóstol Pablo dijo: “Estando pues poseídos del *temor* del Señor, persuadimos a los hombres” (II Corintios 5:11). Si queremos ser fieles, debemos hablar tan claramente del infierno como del cielo.

MEDITANDO SOBRE DIOS

En los capítulos precedentes, hemos tenido a la vista alguna de las admirables y deliciosas perfecciones del carácter Divino. Después de esta meditación débil y defectuosa de sus atributos, ha de ser evidente para todos nosotros que Dios es, en primer lugar, un Ser *incomprensible*, y, maravillados ante su infinita grandeza, nos vemos obligados a usar las palabras de Sofar: “¿Alcanzarás tú el rastro de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alto que los cielos: ¿qué harás? Es más profundo que el infierno: ¿cómo lo conocerás? Su dimensión es más larga que la tierra, y más ancha que la mar” (Job 11:7-9). Cuando dirigimos nuestro pensamiento hacia la eternidad de Dios, a su ser inmaterial, su omnipresencia y su omnipotencia, nos sentimos anonadados.

Pero la imposibilidad de comprender la naturaleza Divina no es una razón para desistir en nuestros esfuerzos reverentes y devotos para entender lo que tan benignamente ha revelado Dios de sí mismo en su Palabra. Sería locura el decir que, porque no podemos adquirir un conocimiento perfecto, es mejor no esforzarnos en alcanzar parte. “Nada aumenta tanto la capacidad del intelecto y del alma humana como la investigación devota, sincera y constante del gran tema de la Divinidad. El más excelente estudio para desarrollar el alma es la ciencia de Cristo crucificado, y el conocimiento de la divinidad en la gloriosa Trinidad”

(C. H. Spurgeon). Citando a este príncipe de los predicadores, diremos que:

“El estudio propio para el cristiano es el de la Divinidad. La ciencia más elevada, la especulación más sublime y la filosofía más importante en la que el hijo de Dios puede ocupar su atención es el nombre, la naturaleza, la persona, la obra y la existencia del gran Dios al que llama Padre. En la meditación de la Divinidad hay algo extremadamente beneficioso para la mente. Es un tema tan vasto, que hace que nuestros pensamientos se pierdan en su inmensidad; tan profundo, que nuestro orgullo queda ahogado. Podemos comprender y dominar otros temas; al hacerlo, nos sentimos satisfechos, decimos: ‘He aquí soy sabio’, y seguimos nuestro propio camino. Empero cuando nos acercamos a esta ciencia magistral y nos damos cuenta que nuestra plomada no alcanza su profundidad, y que nuestros ojos de lince no pueden llegar a su altura, nos alejamos pensando: ‘Nosotros somos de ayer, y no sabemos’” (Sermón sobre Malaquías 3:6).

Sí, nuestra incapacidad para comprender la naturaleza divina debería enseñarnos a ser humildes, precavidos y reverentes. Después de toda nuestra búsqueda y meditación, hemos de decir como Job: “He aquí, éstas son partes de sus caminos; ¡mas cuán poco hemos oído de Él!” (26:14). Cuando Moisés imploró que le mostrara Su gloria, Él le respondió: “Yo proclamaré el nombre de Jehová delante de ti” (Éxodo 33:19), y, como alguien ha dicho, “el nombre es el conjunto de sus atributos”. Con razón declaraba John Howe, el puritano: “La idea que, desde aquí, podemos formarnos de su gloria, es tan sólo como la que podemos hacernos de un largo libro por medio de una breve

sinopsis, o de un gran país por un simple cuadro. Aquí nos ha dado Dios un resumen de sí mismo, pero incompleto; con él nos veremos libres del error, pero no de la ignorancia. Podemos dedicarnos por completo al estudio de las diversas perfecciones por las cuales el Bendito nos descubre su propio ser, y atribuírselas todas, aunque tengamos todavía concepciones pobres y defectuosas de cada una de ellas. Sin embargo, en tanto que nuestra comprensión corresponde a la revelación que Él nos proporciona de sus varias excelencias, tenemos una visión presente de su gloria”.

En verdad, la diferencia entre el conocimiento que de Dios tienen los santos en esta vida y el que tendrán en el cielo es grande; con todo, ni el primero ha de ser desestimado, ni el segundo exagerado. Es cierto que la Escritura declara que “veremos cara a cara” y que “conoceremos como somos conocidos” (I Corintios 13:12), pero deducir de esto que entonces conoceremos a Dios tan bien como Él nos conoce a nosotros es dejarnos seducir por la mera apariencia de las palabras, y prescindir de la limitación que las mismas imponen necesariamente en tema como éste. Hay una gran diferencia entre decir que los santos serán glorificados, y que serán hechos divinos. Los cristianos, aun en su estado de gloria, serán criaturas finitas, y, por lo tanto, incapaces de comprender completamente al Dios infinito.

“En el cielo, los santos verán a Dios con ojos espirituales, por cuanto Él será siempre invisible al ojo corporal; le verán más claramente de como le veían por la razón y la fe, y más extensamente de lo que han revelado hasta ahora sus obras y dispensaciones; pero la capacidad de sus mentes no será aumentada hasta el punto de poder contemplar a la vez y en detalle

toda la excelencia de su naturaleza. Para comprender la perfección infinita sería necesario que fuesen infinitos. Aun en el cielo, su conocimiento será parcial; empero su felicidad será completa porque su conocimiento será perfecto, en el sentido de que será el adecuado a la capacidad del sujeto, aunque no agote la plenitud del objeto. Creemos que será progresivo, y que, a medida que su visión se desarrolle, su bienaventuranza aumentará también; pero nunca alcanzará un límite más allá del cual no haya nada más por descubrir; y, cuando los siglos hayan transcurrido, Él será todavía el Dios incomprendible" (John Dick, 1840).

En segundo lugar, en el estudio de las perfecciones de Dios se pone de manifiesto que es *todo suficiente*. Lo es en sí y para sí mismo. El Primero de todos los seres no podía recibir cosa alguna de otro. Siendo infinito, está en posesión de toda perfección posible. Cuando el Dios Trino estaba solo, Él era el todo para sí. Su entendimiento, amor y energía estaban dirigidos a sí mismo. Si hubiese necesitado algo externo, no hubiese sido *independiente*, y, por tanto, no hubiese sido Dios. Creó todas las cosas "para Él" mismo (Colosenses 1:16). Con todo, no lo hizo para suplir alguna necesidad que pudiera tener, sino para transmitir la vida y la felicidad a los ángeles y a los hombres, y para admitirles a la visión de Su propia gloria. Verdad es que exige la lealtad y la devoción de sus criaturas inteligentes; sin embargo, no se beneficia de su servicio, antes al contrario, son ellas las beneficiadas (Job 22:2, 3). Dios usa medios e instrumentos para cumplir sus propósitos, no porque su poder sea insuficiente, sino, a menudo, para demostrarlo de modo más sorprendente a pesar de la debilidad de los instrumentos.

La absoluta suficiencia de Dios hace de Él el objeto supremo de nuestras aspiraciones. La verdadera felicidad consiste solamente en el disfrute de Dios. Su favor es vida, y su cuidado es mejor que la vida misma. "Mi parte es Jehová, dijo mi alma; por tanto en Él esperaré" (Lamentaciones 3:24); la percepción de su amor, su gracia y su gloria es el objeto principal de los deseos de los santos, y el manantial de sus más nobles satisfacciones. "Muchos dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Alza sobre nosotros, oh Jehová, la luz de tu rostro. Tú diste alegría en mi corazón, más que tienen ellos en el tiempo que se multiplicó su grano y su mosto" (Salmo 4:6,7). Sí, cuando el cristiano está en su cabal juicio, puede decir: "Aunque la higuera no florecerá, ni en las vides habrá frutos; mentirá la obra de la oliva, y los labrados no darán mantenimiento, y las ovejas serán quitadas de la majada, y no habrá vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salud" (Habacuc 3:17,18).

En tercer lugar, en el estudio de las perfecciones de Dios resalta el hecho de que Él es el Soberano Supremo del universo. Alguien ha dicho, con razón, que "ningún dominio es tan absoluto como el de la creación. Aquel que podía no haber hecho nada, tenía el derecho de hacerlo todo según su voluntad. En el ejercicio de su poder soberano hizo que algunas partes de la creación fueran mera materia inanimada, de textura más o menos refinada, de muy diversas cualidades, pero inerte e inconsciente. Él dio a otras organismo, y las hizo susceptibles de crecimiento y expansión, pero, aun así, sin vida en el sentido propio de la palabra. A otras les dio, no sólo organismo, sino también existencia consciente, órganos del sentido y movimiento

propio. A éstos añadió en el hombre el don de la razón y un espíritu inmortal por el cual está unido a un orden de seres elevados que habitan en las regiones superiores. Él blande el cetro de la omnipotencia sobre el mundo que creó. 'Alabé y glorifiqué al que vive para siempre; porque su señorío es sempiterno, y su reino por todas las edades. Y todos los moradores de la tierra por nada son contados; y en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, hace según su voluntad: ni hay quien estorbe su mano, y le diga: ¿Qué haces?'.—Daniel 4:34,35" (John Dick).

La criatura, considerada como tal, no tiene derecho alguno. No puede exigir nada a su Creador, y como quiera que sea tratado, no tiene razón en quejarse. No obstante, al pensar en el señorío absoluto de Dios sobre todas las cosas, no deberíamos de olvidar nunca sus perfecciones morales. Dios es justo y bueno, y siempre hace lo que es recto. Sin embargo, ejerce su soberanía según su voluntad imperial y equitativa. Asigna a cada criatura su lugar según parece bien a sus ojos. Ordena las diversas circunstancias de cada una según sus propios consejos. Moldea cada vaso según su determinación inmutable. Tiene misericordia del que quiere, y al que quiere endurece. Dondequiera que estemos, su ojo está sobre nosotros. Quienquiera que seamos, nuestra vida y posesiones están a su disposición. Para el cristiano es un Padre tierno; para el rebelde pecador será fuego que consume. "Por tanto, al Rey de siglos, inmortal, invisible, al solo sabio Dios sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén" (I Timoteo 1:17).

